

Carlos María Romero Sosa

# QUINCE TEMAS SALTEÑOS Y UN POETA JUJEÑO



  
**PROSA**  
AMERICAN EDITORES



**CARLOS MARÍA ROMERO SOSA**, porteño de antigua estirpe salteña por la rama paterna, es autor de numerosos opúsculos de historia literaria y de crítica literaria, así como de los libros en prosa:

“Evocaciones de dos mundos” (1985)

“Cenizas de muchos fuegos” (2000)

“Papeles con mi padre” (2016)

En poesía ha dado a conocer hasta el presente los siguientes títulos:

“Las veredas” (1975)

“Las veces del viento” (1981)

“Hileras” (1982)

“La vara y el reptil” (1988)

*Continúa en la siguiente solapa*

**QUINCE TEMAS SALTEÑOS  
Y UN POETA JUJEÑO**

Romero Sosa, Carlos María José

Quince temas salteños y un poeta jujeño / Carlos María José Romero Sosa.  
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Prosa y Poesía Amerian Editores,  
2022.

114 p.; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-729-664-8

1. Literatura Argentina. 2. Ensayo. 3. Narrativa. I. Título.  
CDD A860

Imagen de tapa: fotografía de 1898, sentado a la izquierda Daniel Sosa Dávalos  
junto a sus amigos Vicente Tamayo, Ricardo Orellana, Alberto Aráoz y Carlos  
Aramburú.

PROSA AMERIAN Editores, 2022

Uruguay 1371 - C.A.Bs.As.

Tel: 4815-6031 / 0448

info@prosaeditores.com.ar

www.prosaeditores.com.ar

Facebook: Prosa Editores

Instagram: @prosaeditores\_

Contacto con el autor: camaroso2002@yahoo.com.ar

ISBN Nro: 978-987-729-664-8

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Reservados todos los derechos. Prohibida su reproducción total o parcial por  
cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito del autor.

**Carlos María Romero Sosa**

**QUINCE TEMAS SALTEÑOS  
Y UN POETA JUJEÑO**

  
**PROSA**  
AMERICAN EDITORES



*A María Cristina  
A María Graciela*

*“Si se me dice que hay en la historia de una sociedad un período del que no han quedado tradiciones ni recuerdos, deduzco que ese período fue teatro de cataclismos sangrientos que sepultaron en sus ruinas actores y espectadores; que allí no hubo pueblo ni espíritu público; que en él no alentaba un alma ni germinaba un pensamiento; que un inmenso y profundo abismo interrumpió la marcha del perfeccionamiento social”.*

Joaquín V. González: **La tradición nacional**



*(...) rompiendo el bosque rumoroso de la historia impresa,  
gárrulo y seco a veces como las hojas de una fronda en otoño.*

Ricardo Rojas: **Los arquetipos**





## PRÓLOGO

Hace veinticinco años que vivo en la calle Laprida, Buenos Aires. Al poco estar, por contemplativo y aficionado a conversar con encargados de edificios, noté el paso de alguien que, a menudo, caminaba hacia la Avenida Las Heras o desandaba en sentido contrario, hacia Santa Fe.

¿Dónde iba o hacia dónde volvía, con actitud determinada, esa persona? Lo revela ahora su *Explicación*: “Hace décadas que vengo releendo libros y papeles conservados en la biblioteca y el archivo paterno”. Es decir que este varón, a tenor de su confianza y en un sentido espiritual, *peregrinaba* desde su casa hacia una biblioteca y un archivo sitos en otro inmueble familiar, rincón impreso que, a la fecha, intuyo sin modificaciones de importancia...

Interín, sobre esa calle de la cual nuestro descripto es poeta que le canta, sucedió alguna vez que fuimos presentados por un amigo en común. Fue allí –el misterio ama estas cosas– cuando *reconocí* a Carlos María Romero Sosa. Y volvieron a mí visitas de su padre a mi abuelo Luis Güemes en su casa de la calle Rodríguez Peña, donde estudié toda mi carrera de abogacía y alguna vez almorzamos con don Carlos Gregorio en aquella mesa familiar. Y recuerdo la temática y tonalidad de las charlas: Provincia de Salta.

Tengo con el autor una curiosa amistad callejera, de intercambios “a vereda” más algún café concretado y un sinnúmero pendiente. Por eso, salvadas las distancias y a favor de la fronda de plátanos de la calle que nos une, me permitiré coquetear con cierto halo peripatético de nuestros encuentros casuales al modo de Aristóteles, conversador bajo ramajes en su legendario Liceo.

Borges consideraba a una biblioteca como el posible paraíso. Pero ese imaginario ambiente con libros era para él puro deleite, éxtasis estético. No es el caso, exactamente, de Carlos María. Al modo religioso, hay un sentido misional, una liturgia de trabajo y heredad

para merecer ese edén. Por eso que nuestro autor trasunta una cualidad cuasi perdida en el mundo actual o, al menos, en el pseudo universo que nos es dado en forma cotidiana: el Sentido de Veneración.

“El material que amorosamente atesoró Carlos Gregorio Romero Sosa a lo largo de su vida”, dice en sus *Explicaciones*. Esa fue la veneración —a su padre y a su provincia— que lo llevó a peregrinar al *Recinto Sacro* heredado donde, se me antoja ahora, antiguos duendes y hadas de la provincianía sobreviven escondidos del fragor de la ciudad cosmopolita.

El propio título del trabajo fija su alcance. Y conlleva una salteñidad que, por supuesto, no me es ajena. Y “la yapa” de un escritor jujeño, que viene solo pero bien montado. Hitos históricos, amistades entre próceres, los consabidos Señor del Milagro (con su Himno) y general Güemes (con su galería porteña), religiosos y músicos, políticos y escritores de dos centurias, surgen en esta muestra, donde mucho de lo informado y lo publicado en su momento, se hallan, a la fecha, bajo custodia en casa de los Romero Sosa.

Su expreso acotamiento a quince temas, paradójicamente, no resalta omisiones. Más bien sugiere que no sobra nada... Y hay en el autor un rigor contra sí mismo que lo lleva a imponerse desmerecimientos: “lejos de pretenderme historiador”, “un investigador lo hubiera hecho mejor”. Estas afirmaciones no son otra cosa que desprendimientos de su humildad, que puedo asegurar lleva puesta. Por fortuna, siempre hay un tercero —aquí este servidor— en condiciones de asegurar que los textos presentados no merecen, en modo alguno, semejantes prevenciones.

**Francisco Luis Lanusse**

## EXPLICACIÓN

*Hace décadas que vengo releendo libros y papeles conservados en la biblioteca y el archivo paterno. Algo de lo allí encontrado lo dispuse para confeccionar el libro **Papeles con mi padre**, que di a conocer en 2016 en el centenario de su nacimiento. Aunque, por cierto, no se agotó en esa obra miscelánea el material que amorosamente atesoró Carlos Gregorio Romero Sosa a lo largo de su vida.*

*Lejos de pretenderme historiador y ni siquiera percibirme como un autor asomado al costumbrismo, y sí en algo conocedor de ciertas tradiciones lugareñas, advierto ahora que en las páginas que siguen donde glosé amarillentos papeles, tales los casos del telegrama de Joaquín Castellanos a Monseñor José Gregorio Romero o los ejemplares de los diarios manuscritos por Daniel Sosa Dávalos, hay expresiones culturales y testimonios salteños que merecen ser salvados del olvido: “la forma más pobre del misterio” como escribió Borges.*

*Un investigador lo hubiera hecho mejor, qué duda cabe; y en una elaboración más académica, reforzaría cada uno de los capítulos con bibliografía y referencias eruditas, bien que he agregado por mi parte notas a los trabajos originalmente dados a conocer sin ellas. Además, es seguro que ese estudioso habría despejado de sus renglones alguna bruma de recuerdos familiares, fácil de advertir aquí y allá. Pero se me van los años y no puedo seguir esperando que a un futuro becario o doctorando se le ocurra retornar a los datos que dieron argumento a mis trazos salteños para darles estructura de tesis o de algo parecido.*

*Van así estas remembranzas a la imprenta enhebradas sin solemnidad ni afanes doctos. Advierto que más allá de motivarlos en muchos casos la admiración intelectual y el tratar de transmitirla, no alcanzan a ser homenajes, porque a la prosa que recupera hechos y nombres le falta la rotundidad del bronce y la sugerencia espiritual del mármol. Sin embargo, me reconforta imaginar que mis evocaciones guardan en*

*su fugacidad y vaguedad un lejano, un lejanísimo parentesco con el aire,  
que suele traer aromas y ecos.*

**CMRS, Navidad del Señor de 2021**

## A DOSCIENTOS AÑOS DE LA BATALLA DE SALTA (\*)

En el contexto de las celebraciones del bicentenario de la Batalla de Salta y con la marca editorial de Nuevo Diario, el historiador, periodista y bibliófilo Gregorio Caro Figueroa y la licenciada en filosofía y periodista Lucía Solís Tolosa, han acometido una obra digna de difundir; ciertamente otro volumen más entre los varios escritos en colaboración puesto que a ambos pertenecen también **El Milagro de los salteños. Cuestión de fe** (2010) y **El otro Güemes** dado a conocer en 2011, los dos bajo el mismo sello editor.

Ahora se trata del libro de gran formato, enriquecido por numerosas ilustraciones en sepia y en colores: **De Vencedores y Vencidos**, un título disparador de más de un interrogante sobre nuestro destino como Nación. Sus ciento veinte páginas invitan a ensayar como primera reflexión, que la divulgación detallada de la historia patria puede y debe articularse naturalmente con la tarea de pura investigación y de compulsión documental tal como sucede en el libro. Porque de poco sirve la heurística del dato novedoso si no es presentado en forma fidedigna, desapasionada y a la vez coherente con el inventario del pasado conocido; y ello más allá de que un aporte original pueda modificar toda una perspectiva, como que revisar los pormenores de la historia no es solo leer los acontecimientos acaecidos desde una diferente ideología a la del canon oficial, sino entender un sistema de vasos comunicantes entre los hechos y aportar elementos valederos que justifiquen el cambio de orientación, es decir la sana crítica, hacia otras posiciones.

Empero no cabe por utilitario adentrarse en el pasado para justificar o reprochar decisiones institucionales del presente: hacer política de la historia es labor más de políticos que de historiadores.

En las páginas de **De vencedores y vencidos** hay noticias relativas a personajes y a circunstancias varias y concatenadas entre sí, informes disparadores sin duda de futuros enfoques sobre el tema analizado, sus antecedentes y efectos posibles en la guerra emancipadora, al cabo engarces lujosos para la hermenéutica mejor que detalles que solo abruma y poco suman en los hechos al relato a conciencia y no politizado que se presenta con claridad expositiva y plausible didáctica en mucho “ad usum delphini”. Por de pronto, al partir en las páginas iniciales y con ilación lógica de la victoria de Tucumán de 1812, como antecedente necesario del triunfo de Salta de meses más tarde, se subraya citando a Bartolomé Mitre que “*Si Belgrano, obedeciendo las órdenes del gobierno se retira, las provincias del Norte se pierden para siempre como se perdió el Alto Perú*”.

Con buen método se reconstruye cronológicamente, cuadros sinópticos mediante, la dimensión poblacional y la constitución de la sociedad de Salta previo a la batalla librada en esa ciudad “simétricamente equidistante” de Lima y Buenos Aires, el 20 de febrero de 1813. Ello permite al lector o al estudioso extender la mirada a todo un período no solo local sino americano que echa luz sobre el desenvolvimiento de los sucesos historiados; porque vale también para la ciencia y el arte de Clío el principio de “ex nihilo nihil fit”.

Será por eso que no se agota **De vencedores y vencidos** en el pormenorizado enfoque del combate desde el punto de vista castrense, aunque incluye hasta un instructivo esquema gráfico de la posición de los regimientos actuantes en la página 43 de la obra, sin olvidar resumir el parte del encuentro bélico surgido de la pluma del propio Manuel Belgrano, relato juzgado como uno de los documentos mejor escritos de la Guerra de la Independencia por Mitre y la mayoría de los historiadores que lo siguieron. Como tampoco se excluye la referencia al perdón otorgado por el jefe triunfador a los realistas vencidos. (Y vale la pena recordar que uno de ellos fue Santiago Esquiú, alguien que no traicionó el juramento de abstenerse de tomar las armas contra la revolución. Don Santiago se radicó en Catamarca y fue padre del fray Mamerto Esquiú, obispo de Córdoba y “Orador

de la Constitución”). El hoy Beato Monseñor Esquiú<sup>1</sup> pronunció en la Capilla del Corazón de Jesús de la ciudad de Salta, en junio de 1880, los sermones religiosos que mandó imprimir el tercer diocesano de Salta, el franciscano Fray Buenaventura Rizo Patrón en 1883 “*en testimonio de estimación y respeto al autor*”<sup>2</sup>.

Varias extensos párrafos entonces tratan desde el punto de vista táctico militar la jornada de aquel 20 de febrero de 1813 en que se trabaron en lucha las fuerzas de Belgrano que desde la estancia de Castañares –¿Batalla de Salta o de Castañares?, se preguntó no sin razón fundándose en las Memorias del general José María Paz, en un opúsculo dado a conocer en 1941 el ingeniero Rafael Patricio Sosa<sup>3</sup>– se desplazaron “*bajo la lluvia, trabajosamente por esa huella de ganado*” al decir de Bernardo Frías, con las huestes al mando del americano por nacimiento Pío Tristán, el militar de 39 años rendido en esa fecha y que más tarde, ya en su vida civil signada por el ánimo de lucro y el oportunismo, fuera repudiado en su mansión de Arequipa por su sobrina la feminista y socialista utópica Flora Tristán.

Sin embargo al aspecto militar se suman las noticias referidas al ideario del creador de la bandera. A su proyecto compartido por San Martín y “*los hombres de más saber (que) opinaban que en estos países de América era imposible formar gobiernos estables y bien ordenados bajo puras formas democráticas*”, como explicó su secretario en el Ejército del Norte Manuel Tomás de Anchorena, un representante de la oligarquía saladeril porteña que llegó a ridiculizar el propósito de coronar a un inca, en su despectivo juicio: “*un monarca de la casta de los chocolates*”.

---

1 Fue beatificado el 13 de marzo de 2021.-

2 El Canónigo Pascual Arze Zelarayán tenía en su biblioteca los sermones de Monseñor Esquiú pronunciados los días 4 y 6 de junio de 1880 y obsequiados por el propio orador. Luego quedaron en poder del Canónigo Clodomiro Arce Romero, su sobrino, y finalmente lucieron en la biblioteca de Carlos Gregorio Romero Sosa.

3 Luego reeditado en el libro del ingeniero Sosa: **Algunos trabajos sobre temas históricos**. Edición de la Dirección de Cultura de la Provincia de Salta. Salta, 1973.-

Se pone especial atención en las lecturas políticas belgranianas de Jovellanos, Campomanes y otros reformistas hispanos en cuestiones tales como la educación gratuita o la promoción de los estudios de náutica, así como su interés por los asuntos económicos que abrevó en Ferdinando Galiani –autor de **Diálogos sobre el comercio de granos**– y el escocés Adam Smith. Resultado de todo lo cual fueron sus desvelos de libertad para la economía pero también para las personas, tal como lo destacan con propiedad Caro Figueroa y Solís Tolosa. Ninguno de ambos adscribe a interesados dogmáticos, para el caso tanto del que quiere ver en el general a un liberal extremo, cuanto del que lo pretende un proteccionista convencido, casi un socialista premarxista; aunque será de admitir que sus ideas en materia social, de respeto por los pueblos originarios y las mujeres y de democracia educativa fueron de avanzada. En cambio parecen coincidir con la definición del socialista y reformista universitario Julio V. González en el sentido de que *“Puede admitirse sin temor a equivocación que toda la prédica doctrinaria de Belgrano (...) es una síntesis del liberalismo español, de la fisiocracia francesa y del industrialismo inglés”*.

Renglón aparte merece el capítulo que resalta la faceta de traductor del prócer, tan interesado desde sus tiempos de estudiante en Salamanca por las lenguas modernas. Así vertió al castellano el libro del fisiócrata François Quesnay: **Máximas generales del gobierno económico de un Reino Agricultor**, y el discurso de despedida de George Washington, un texto que le obsequiara en 1805 el ciudadano norteamericano David C. Forest. Belgrano, que trabajó en esa versión a orillas del río Juramento en su marcha de Tucumán a Salta, le dio fin a la traducción según cuentan los autores, dos días antes de la gesta del 20 de febrero de 1813.

Otro elogio cabe para las páginas del libro dedicadas a desentrañar el vínculo entre Belgrano y Güemes, difícil y receloso en los primeros tiempos pero de gran afecto luego como resulta del trato dado por el primero al Caudillo Gaucho en su correspondencia posterior



a 1813: “*Paisano amado*”, “*Fiel amigo*”, “*Compañero y amigo querido*”. Güemes, se aclara bien en el texto, no participó en la batalla de Salta por encontrarse en Buenos Aires, no obstante poco más tarde ambos héroes hicieron esfuerzos para apoyarse mutuamente con hombres, dinero, armas, caballos, mulas, alimentos y vestuario. El creador de la bandera al reconocer los valores y facultades operativas del salteño le dio amplio margen de maniobra: “*puede hacer y deshacer como le parezca (pues) tiene los enemigos a la vista*”.

Una exhaustiva bibliografía cierra el volumen que vale subrayarlo se inicia con un poema poco conocido de Manuel J. Castilla fechado en 1963: **Soliloquio de un soldado español muerto en la batalla de Salta**.

Finalmente sin perder el enfoque del tema central se ha vinculado y complementado la gesta belgraniana con otros acontecimientos de la historia salteña, que hacen en grado mayúsculo a la conmemoración de la Guerra Gaucha. Tal por ejemplo al traer a la consideración general un dato poco conocido sobre el narrador de la epopeya, Leopoldo Lugones. De él se cuenta aquí la ascensión al cerro San Bernardo llevada a cabo en la noche del 15 de julio de 1894<sup>4</sup>, hecho también relatado al periodismo de entonces y recogido décadas después por Cesar Perdiguero en su libro **Antología del Cerro San Bernardo**<sup>5</sup>, donde se transcriben los apuntes inéditos al respecto de uno de los promotores y participantes de esa peregrinación patriótico-histórica: el profesor Daniel Policarpo Romero, un docente del Colegio Nacional y hombre público salteño fallecido en 1959, contemporáneo y amigo en su juventud del poeta modernista de **Los crepúsculos del jardín**.

(\*) *Se publicó originalmente en Salta Libre el 15 de mayo de 2013*.-

4 Gregorio Caro Figueroa estudió y difundió también aquella ascensión al San Bernardo, en el contexto de la visita a Salta de Lugones, en un artículo publicado en la revista Historia (número 444, correspondiente al mes de julio de 2004).-

5 Fundación Etchart, 1984.-



## EL CORONEL FEDERICO A. GENTILUOMO, HISTORIADOR GÜEMESIANO (\*)

El 17 de junio del año 2021, se cumplió el bicentenario de la muerte de Martín Miguel de Güemes, único general argentino fallecido en combate durante la Guerra de la Independencia. Es bien conocida la circunstancia del enfrentamiento del Héroe Gaucho con una patrulla del coronel español José María Valdés, alias Barbarucho, que como vanguardia del general realista Pedro Antonio Olañeta había ocupado la ciudad de Salta. Güemes, al enfrentar a un grupo de los invasores resultó herido de muerte. Menos se ha difundido salvo en algún artículo de Felipe Pigna cómo fue titulada la noticia de su final por la Gaceta de Buenos Aires, el 19 de julio de 1821: “*Murió el abominable Güemes, tenemos un cacique menos.*” Ciertamente fue “*odiado, perseguido y calumniado*” y así lo reconoció en su momento Facundo de Zuviría, presidente del Congreso General Constituyente de 1853 que sancionó la Constitución Nacional y en la juventud un acérrimo adversario de **Güemes**.

El jurista e historiador salteño Abel Cornejo ha señalado en **Martín Miguel de Güemes. Un proyecto geopolítico inconcluso**, conferencia pronunciada el 4 de mayo de 2016 con motivo de incorporarse como miembro correspondiente en Salta de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas: “*Le tocaba al gobernador Güemes asumir la defensa nacional por el norte, administrar su provincia y contentar los espíritus agitados que no entendían su epopeya ni su estrategia, pues preferían negociar o someterse que mantener la vocación soberana y la construcción de una identidad nacional, de la cual sin duda el caudillo salteño fue el primer eslabón de una larga cadena de entrega y sacrificios. Estos frentes no eran fáciles. Máxime, cuando deben conciliarse los asuntos de la guerra con los negocios de Estado. Más aún cuando su gobierno no tenía circulante, lo cual significó la creación del*

*Fuero Gaucho que, como su remoto antecedente de Vizcaya, consistió en dar en pago a sus gauchos y soldados, pequeñas parcelas para que pudieran establecer sus familias y trabajar la tierra, ante la imposibilidad de liquidarles su salario.”*

Sin duda será esta medida así como las contribuciones forzosas, las que lo malquistaron con los sectores de poder económico locales. No en vano el rechazo de los ilustrados de la Patria Nueva con su “aristocracia republicana” en términos de Atilio Cornejo en su **Historia de Güemes**<sup>1</sup>. Posteriormente Mitre, sin desconocer su gesta, le achacó “*esgrimir sus armas ya contra el enemigo común, ya contra la sociedad*”, en concordancia con el juicio del General José María Paz vertido en sus Memorias, que en las referencias a Güemes documentó en La Prensa el 16 de junio de 2021 el historiador Roberto Elissalde. Allí el vencedor de Oncativo expresó no sin reconocer su patriotismo que “*empleó el bien conocido arbitrio de otros caudillos de indisponer a la plebe con la clase más elevada de la sociedad.*”<sup>2</sup>

El Fuero Gaucho, como extensión del Fuero Militar a los escuadrones de gauchos –así denominó San Martín a los paisanos cuando se hizo cargo de la jefatura del Ejército Auxiliar del Perú en 1814<sup>3</sup> (Confr.: **Güemes Documentado** , es un reglamento que advirtió el arquitecto Francisco M. Güemes en su trabajo sobre el tema publicado en el número 5 correspondiente a 1981 del Boletín del Instituto Güemesiano de Salta, “*no hizo otra cosa que actualizar los privilegios de que, según disposiciones anteriores, ya venían gozando las milicias a través a través de toda la época colonial en los diferentes dominios de España en América*”. Poco importa entonces que aquel bando haya obedecido a una pragmática salida ante un real problema de finanzas públicas. Y menos que resultara más un traslado a Salta de añejas instituciones peninsulares creadas durante la Reconquista Española, que propiamente intentara una suerte de reforma agraria como la

---

1 Segunda Edición, Salta, 1971.-

2 José María Paz: **Memorias póstumas**.-

3 Luis Güemes: **Güemes Documentado**, tomo 7 páginas 437 y siguientes . Plus Ultra, Buenos Aires, 1982.-

promovida en 1815 por el Protector de los Pueblos Libres General José Gervasio de Artigas en el **Reglamento Provisorio de la Provincia Oriental para el Fomento de la Campaña y Seguridad de sus hacendados**, dejando allí asentado en su artículo 6to. que “*los más infelices serán los más privilegiados*”.

Lo cierto y evidente es que el salteño tocó intereses concretos y habría que estudiar el tema con el detenimiento que Engels se tomó para analizar la guerra de los campesinos alemanes del siglo XVI.<sup>4</sup>

\*\*\*

Quizá la vigencia política en el orden local y nacional de varios de sus descendientes hizo imposible silenciar al Caudillo, aunque escindiendo su notable perfil de patriota de cualquier otro elemento más molesto para la propietaria “gente decente”. Así por ejemplo Bernardo Frías cuya tesis doctoral en derecho presentada en la UBA en 1892 trata sobre obligaciones y responsabilidades del inquilino, en su **Historia de Güemes y de Salta**, que consta de seis tomos comenzados a publicar en 1902, obra más allá de sus méritos imbuida de positivismo y darwinismo social en sus referencias racistas, elevó su gesta a niveles homéricos; a la epopeya de un centauro por sobre la de todo un pueblo en armas proponiéndola “*superior a aquellas realizadas por Pelayo en España y por Juana de Arco en Francia*”. Empero era ese mítico Güemes el digerible y a homenajear en su tierra, ya que en la ciudad de Buenos Aires su monumento dispuesto por ley nacional 5689 de 1907, se demoró setenta y cuatro años en inaugurarse, hasta 1981<sup>5</sup>. Tanto es así que el lunes 21 de mayo de

---

4 Al respecto no podría decirse con Engels en el Prefacio a la segunda edición de **La Guerra Campesina en Alemania**, que en Salta la burguesía engendraría proletariado, debido a que no había tal burguesía industrial sino parásita oligarquía terrateniente a la que de algún modo opuso Güemes a sus gauchos que demasiado “honrados” como él los catalogara al realista Olañeta, léase sumisos, carecían de conciencia de clase.-

5 Debo mencionar aquí el dato documentado y objetivo que entre los historiadores güemesianos, fue Carlos Gregorio Romero Sosa uno de los que más bregó desde los años cuarenta del siglo XX, en artículos y conferencias como la pronunciada en junio de 1977 en la tribuna del Instituto Popular de Conferen-

1921, La Prensa informaba que para cambiar ideas sobre los actos recordatorios en su centenario, el entonces Intendente Municipal de la ciudad de Salta, Bernardo Moya<sup>6</sup>, se reunió con Bernardo Frías, Andrés A. Isasmendi, Arturo S. Torino, Carlos Serrey y David Saravia Castro. Por supuesto faltaba algún nieto o bisnieto de sus gauchos “honrados y valientes” en la caracterización del orgulloso jefe de ellos a Olañeta.

Sin embargo Güemes también fue asumido sin beneficio de inventario por otros historiadores más modernos. Uno de ellos fue el coronel Federico Aquiles Gentiluomo en su libro de ciento cincuenta páginas de 1954: **Güemes el guerrillero genial** (Editorial Docme)<sup>7</sup>. El nombrado oficial del Ejército Argentino que había cursado la Escuela Superior de Guerra y más tarde estudió varios años Derecho en la Universidad de Buenos Aires, se dio a analizar allí la estrategia y la táctica de la guerra de guerrillas en que se empeñó el prócer; guerra de recursos e irregular por no amoldarse a los principios básicos de la conducción regular.

Concretó de ese modo lo avizorado en junio de 1921 por el gobernador de Salta Joaquín Castellanos en su discurso del Teatro Güemes, durante la velada cívica que el gobierno provincial organizó para recordar el primer centenario de su paso a la inmortalidad:

---

cias de La Prensa sobre el americanismo de San Martín y Güemes, para que efectivamente fuera erigido ese monumento a cuya inauguración concurrió en carácter de representante de la Academia del Instituto Güemesiano de Salta, ocupando un sitio en el Palco Oficial A, junto a las autoridades nacionales del momento, es decir de la última dictadura. Asimismo la Comisión Pro Monumento al General Don Martín Miguel de Güemes, le otorgó un diploma fechado el 22 de marzo de 1981 “*en reconocimiento a su generosa colaboración a la construcción del monumento al Héroe Gaucho en la capital argentina*”. Ese diploma fue suscripto por el escribano Federico G. Camauer, Director de la Casa de Salta en Buenos Aires y delegado del Gobernador, en su carácter de presidente alterno de la Comisión y por el Brigadier General ® Conrado Armanini, vicepresidente de la misma.-

6 Por un error sin duda de tipeo, aparece en el periódico como Bernardo Noya y no Moya, tal el verdadero apellido de aquel progresista Intendente Municipal de Salta.-

7 Federico A. Gentiluomo tenía al momento de publicar la obra el grado de Teniente Coronel.-

“Como militar Güemes merece ser estudiado, y lo será seguramente por los técnicos de su arte, como un estratega original”. Su enfoque exalta el material humano de la Guerra Gaucha, así calificada por Leopoldo Lugones; y en la visión de Gentiluomo el gauchaje no era la plebe soliviantada por su jefe según el general Paz, ni el “saqueador de las tiendas y casas” que cuenta Frías, sino el hombre “*propenso a todas las manifestaciones del espíritu: la mujer, el amor al terruño y por ende a la patria, a la libertad (que es la esencia de la vida), al honor, a la admiración a los hombres que se imponen por su fuerza o por su habilidad.*”

Historiador próximo al revisionismo y amigo y lector de José María Rosa, no obstante su método debe rastrearse en lo que hace a la aproximación al hombre lugareño y al paisaje del noroeste argentino —que Gentiluomo menciona técnicamente como el terreno y el teatro de operaciones—, en la intuitiva sociología de Sarmiento presente en el **Facundo** al destacar las habilidades criollas de los gauchos de Güemes. Lejos de las levas obligatorias descritas en Martín Fierro en la no tan popular lucha contra el aborigen, prueba la deserción del propio Fierro, Gentiluomo subrayará luego, y es de deducir que ello constituye una marca característica de una guerra popular: “*El reclutamiento es un simple levantamiento en masa de toda la población y de carácter no permanente. Cuando el enemigo amenaza, los hombres se reúnen rápidamente para concurrir a la lucha. Cuando el peligro se aleja vuelven a sus tareas habituales.*”

En sucesivos capítulos<sup>8</sup> aborda la preparación, los medios, el desarrollo de la campaña y el problema estratégico de la Guerra Gaucha para concluir que la identificación del Caudillo con su tropa —en sus palabras: “*su influencia decisiva sobre los hombres*”—, permitió conducirlos a la victoria y erigirse Güemes ante la posteridad como el “Guerrillero Genial”.

---

8 El libro que conservó mi padre, Carlos G. Romero Sosa, en la sección de su biblioteca dedicada al Caudillo Gaucho y a sus capitanes, consta de un prólogo y nueve capítulos con los siguientes títulos: La Guerra de Guerrillas, Panorama de Conjunto, El Hombre, Los Medios, El Terreno, La Preparación de los Medios, Organización y Reclutamiento, Desarrollo de la Campaña, La Guerra Gaucha y el Problema Estratégico, Juicio Crítico del Conductor.-

## EL MILITAR SANMARTINIANO FEDERICO A. GENTILUOMO

El coronel Federico A. Gentiluomo, ascendido post mortem a general de brigada en 1973, nació el 14 de febrero de 1912 en la ciudad de Buenos Aires y en 1932 egresó del Colegio Militar con el grado de subteniente del arma de infantería. A iniciativa suya, la Dirección General de Propaganda del Ejército que tuvo a su cargo en 1951, pasó a llamarse Dirección General de Difusión. Los destinos castrenses cumplidos antes en distintas provincias como el Regimiento de Infantería 19 de Tucumán, el Batallón de Arsenales de Rosario, la Agrupación de Montaña Cuyo de Uspallata, Mendoza, le permitieron conocer in situ el país, advertir las deficientes condiciones de vida de los sectores más humildes de la población y buscar la forma de modificarlas. Su creciente prestigio como historiador y publicista le valió que en 1955 se lo designara representante del Ejército ante la Comisión Nacional de Monumentos y Lugares Históricos. Erudito investigador sanmartiniano publicó en 1950: **San Martín y la Provincia de Cuyo. Precursores de la Nación en Armas**. En tanto que al Congreso Nacional de Historia del Libertador, reunido en Mendoza el mismo año, presentó las ponencias premiadas: **San Martín ante la posteridad** y **Los planes de las operaciones del General San Martín**". En 1953 concurrió al Primer Congreso Nacional de Historia realizado en Santiago del Estero, en el IV Centenario de la Fundación de la Ciudad Madre de Ciudades fundada por Francisco de Aguirre, con su ensayo: **La contribución de Santiago del Estero a la Guerra de la Independencia**. En otro de sus libros enfocó la personalidad militar de Mariano Necochea<sup>9</sup> y en **El visionario de la Patria**, biografió a Manuel Belgrano. Entre otros Roberto Etchepareborda cita sus ensayos historiográficos en el libro **Historiografía Militar Argentina** publicado por el Círculo Militar en 1984.<sup>10</sup> Aun-

---

9 **Necochea, el general romántico**, Primera Edición, 1951. Editorial La Raza.-

10 Con motivo del bicentenario de la muerte del prócer, Estela Gentiluomo de Lagier, miembro de la Junta de Estudios Históricos de Misiones, publicó el 17 de junio de 2021 en [www.primeraedición.com.ar](http://www.primeraedición.com.ar) la nota **Martín Miguel de Güemes, el guerrillero genial** recordando el libro de su hermano Federico Gentiluomo.-



que no solamente abordó temas del pasado sino también publicó volúmenes sociológicos y políticos, así **Perón, el ejército y la iglesia** y **Desafío a la Revolución Argentina**. De verdadero espíritu humanista fue poeta, escultor y autor de libretos cinematográficos sobre personajes históricos como Macacha Güemes.

Testigo y víctima de los desencuentros entre argentinos, sufrió prisión durante la Revolución Libertadora —en la Resistencia Peronista coordinó las tareas de sus compañeros desde el Servicio de Inteligencia Peronista<sup>11</sup>— y más tarde volvió a ser detenido bajo el gobierno de Frondizi. Antes de la elección que lo ungió presidente, Gentiluomo se había opuesto al pacto Perón-Frondizi y los hechos posteriores le dieron la razón.)

La inspiración poética lo confortó en las dificultades y ya en su primera reclusión pudo volcar en sugerentes endecasílabos sus irrenunciables afanes de justicia social y bien común enraizados en su humanitarismo cristiano: *“No me espanta el idioma las rejas/ en su rudo monólogo de espectro;/ ni me apena la luz de alguna estrella/ que en la noche se filtra hasta mi lecho./ Lo que rompe mi tensión a golpes,/*

11 En la sesión del 3 de julio de 1996 de la Cámara de Diputados de la Legislatura de la provincia de Buenos Aires, el diputado Luis Lugones, recordó su nombre entre los grandes luchadores de la Resistencia Peronista, manifestando en la ocasión: *“La resistencia peronista no fue doblegada. Suele decirse que aquella fue una suerte de gesta colectiva y, por tanto, anónima. Sin embargo, hay nombres que fueron grandes protagonistas de la resistencia en la época que evocamos y otros que se hicieron conocidos porque fueron identificados por la represión. Estos son solamente algunos de ellos: Armando Cabo, Cesar Marcos, Gustavo Rearte, Bernardo Alberte, Federico Gentiluomo, Miguel Angel Iñiguez, Julio Troxler, Bernardo Troxler, Claudio Francia, Haroldo Logiurato, Magín del Carmen Guzmán, Juan Carlos Brid, Babi Molina, Aparicio Suárez, Héctor Tristán, Domingo Blajaquis, Jorge Daniel Paladino, José Vázquez, Roberto Marcelo Pasant, Benito Moya, Roberto Campos, Juan Vigo, Manolo Buceta, Alberto Almada, Alberto Campos, Luis Logiurato, José Petracca, Héctor Herrera Fernández, Fernando Rojo, José León Suárez, Juan Carlos Tambasio, Fernando Lazarte, José Normando Castro, Fernández Torres, Norberto Centeno, René Langlois, Héctor Gríngoli, Argentino Cassatti, Alfonso Cuomo, Armando Nicolella, Carlos Burgos, Nélica Calviño, “Nilda” Casarini, Margarita Congursi, Alberto Rovira, Roberto Caratoli, Roberto Villacorta, Ciro Ahumada, Justo Eduardo Acosta, Margarita Arentzen, Urbelinda Aranda, además de los integrantes de los grupos de juventud ya referidos.”* (Diario de Sesiones, página 3215).-

*lo que crispa mi sangre y mis entrañas,/ es la impotencia de llevar mi aporte/ a la lucha por ellos empeñada./ Por ellos, mis hermanos de la plebe,/ de la chusma bendita de Almafuerce,/ que, oprimida en mil garras, se estremecel ansiosa de cambiar su aciaga suerte.”* Su hija Estela Alicia Gentiluomo de Lagier, rescató este poema y lo incorporó a su “Reseña Biográfica del Coronel Federico A. Gentiluomo” (Buenos Aires, 1970).

Federico A. Gentiluomo falleció el 5 de junio de 1970. En 1965 sicarios de los servicios asesinaron a su esposa, la también militante justicialista Lastenia Fulvia Antoni, a quien llamaban “La Gringa”. Fue arrojada al vacío desde un décimo piso; un método similar al que emplearía la represión “Occidental y Cristiana” en la noche del 24 de marzo de 1976 con el mayor Bernardo Alberte.

*(\*) Se publicó en HISTOPIA, número 16 correspondiente a septiembre de 2021. -*

## BELGRANO, DÍAZ VÉLEZ, GORRITI Y UNA RELIQUIA HISTÓRICA (\*)

En el año 2020 se cumplirán doscientos cincuenta del nacimiento y doscientos de la muerte de Manuel Belgrano. Con ese motivo, el diario La Prensa de Buenos Aires decidió emprender los homenajes en 2019 con una serie de artículos conmemorativos a cargo del profesor Roberto Elissalde, serie que comenzó el 29 de noviembre pasado con la publicación de la nota **Manuel Belgrano: por sí mismo y por los demás**, adelantándose así el diario a ambos aniversarios a llevarse a cabo, uno el 3 de junio y el otro el 20 del mismo mes.

Como el creador de la bandera ocupó en su corta existencia y en forma predominante todo un ciclo de la historia patria, y así lo entendió Bartolomé Mitre al titular en 1857 su monumental **Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina**, obra cuyo trabajo investigativo había iniciado en Montevideo en 1843, cabe celebrarlo también en las figuras de otros patriotas que lo secundaron en sus campañas, tuvieron principal desempeño en los combates que libró contra el poder español y fueron partícipes de sus ideales de independencia y organización nacional, bajo la forma de gobierno democrático.

Uno de ellos fue el porteño general Eustoquio Antonio Díaz Vélez (1782-1856) quien según Mitre, resultó ser junto con Juan Ramón Balcarce, una de las “*primeras cabezas militares del Ejército del Norte*”.

Díaz Vélez tuvo heroico desempeño en las batallas de Tucumán y en la de Salta donde dirigiendo parte de la caballería patriota fue herido en el muslo izquierdo, aquel 20 de febrero de 1813 jornada en la que “*todo fue grande y sublime*” como la calificó el referido autor de la **Historia de Belgrano**.

Luego de este triunfo, el Jefe del Ejército del Norte lo nombró Gobernador Militar de la Intendencia de Salta del Tucumán, cargo

que desempeñó por breve tiempo ya que Belgrano dispuso, después del desastre de Ayohuma, que bajase a Buenos Aires para informar al gobierno del Director Posadas sobre la situación del ejército y la necesidad de proseguir en el Alto Perú la lucha contra el poder realista, que militarmente lideraba el después trigésimo noveno Virrey del Perú, Joaquín de la Pezuela, en sustitución del brigadier José Manuel de Goyeneche, del que dependía su pariente directo, el arequipeño general Pío Tristán vencido primero en Tucumán y después en el llamado Campo de Salta<sup>1</sup>, “*donde mismo un día el General Belgrano consagró con una gran victoria el uso de la bandera celeste y blanca por insignia principal de la Nación y sus ejércitos*”, según escribió Bernardo Frías en sus **Tradiciones Históricas**. (Cabe recordar que el citado Virrey del Perú y Capitán General de los Ejércitos, Joaquín de la Pezuela, primer marqués de Viluma, había intentado negociar infructuosamente con San Martín y también con Güemes a quien envió como emisarios a Pedro Antonio Olañeta y al coronel Guillermo Marquiegui).

Al jujeño general y doctor José Ignacio de Gorriti (1770-1835), signatario en 1816 del Acta de la Independencia y más tarde por tres veces gobernador de Salta; en diciembre de 1820, el gobernador Martín Miguel de Güemes lo designó con acuerdo de los Cabildos de Salta y de Jujuy, gobernador delegado, “*durante mi ausencia al Perú*”, según los términos con que se dirigió a esos Cabildos el Caudillo Gaucho<sup>2</sup>.

---

1 Se conoce también a la Batalla de Salta como Batalla de Castañares, según la mención que hace el general José María Paz en sus **Memorias** al referirse a la cruz con la inscripción dispuesta por Belgrano: “Aquí yacen los Vencedores y Vencidos el 20 de febrero de 1813”; cruz existente en palabras del vencedor de La Tablada y Oncativo: “*en el Campo de Castañares que fue el de la batalla*”. Confr.: ¿Batalla de Salta o de Castañares”, primer capítulo del libro de Rafael P. Sosa: “**Algunos trabajos sobre temas históricos**”. Edición de la Dirección de Cultura de la Provincia de Salta. Salta, 1973.-

2 Luis Oscar Colmenares: “**Martín Güemes el héroe mártir**”. Ediciones Ciudad Argentina, Buenos Aires, 1998.-

Fue otro héroe muy próximo a Manuel Belgrano en la Segunda Expedición Auxiliar al Alto Perú. De notable actuación en la batalla de Tucumán librada el 24 y 25 de septiembre de 1812, Gorriti facilitó también el triunfo en la de Salta en juicio del historiador Vicente Osvaldo Cutolo vertido en su biografía obrante en el tomo III de su **Nuevo Diccionario Biográfico Argentino**.

### UN VESTIGIO MATERIAL DE LA AMISTAD ENTRE DÍAZ VELEZ Y GORRITI

Ahora bien, además del vínculo directo tanto de Díaz Vélez como de Gorriti con el Epaminondas Americano, vínculo que en mucho coadyuvó a que se escribieran páginas de gloria en la historia patria; hoy una pieza de género alba en su momento y amarillosa luego de más de dos siglos, conservada por mi padre en el “Sancta Sanctorum” de las reliquias que reunió con su amorosa devoción por el pasado; obsequio en 1935 de las damas salteñas Lucila Auxterlitz y Julia Herrera a sugerencia del canónigo doctor Josué Gorriti<sup>3</sup> –un bisnieto del coronel José Francisco Gorriti, más conocido por “Pachi” Gorriti (1770-1830) y sobrino bisnieto del general José Ignacio Gorriti– y ello al tener conocimiento de las inminentes publicaciones historiográficas de Carlos Gregorio Romero Sosa: **El general doctor José Ignacio de Gorriti, ensayo biográfico y apéndices documentales** (1936) y poco después: **El Gral. Dr. Don José Ignacio de Gorriti. Conceptos sobre su liberalismo** (1937), da cuenta, asimismo, de la amistosa relación entablada en la ciudad del cerro San Bernardo entre ambos héroes. Se trata de un pañuelo finamente bordado que

---

3 El presbítero Josué Gorriti (1869-1950), cantó su primera misa el 31 de diciembre de 1896. Ejerció la docencia en Salta y fue Inspector General de Escuelas y vocal del Consejo General de Educación. Se interesó por la historia y escribió algunos trabajos de carácter histórico. Integró la Unión Salteña junto a Ernesto M. Aráoz, Atilio Cornejo, Miguel Ángel Vergara, Juan Arias Uriburu, Carlos Gregorio Romero Sosa y Cristian Nelson entre otros. Confr. Ricardo N. Alonso y Gregorio Caro Figueroa: **“La Unión Salteña”, el “Grupo Salta” y un proyecto inconcluso**, en el volumen **LA PROVINCIA DE SALTA ENFOQUES Y PERSPECTIVAS**, Ricardo N. Alonso editor. Salta, 2004). -

perteneció a doña Carmen Guerrero y Obarrio, esposa del general Díaz Vélez, y que éste obsequió a manera de recuerdo a doña Feliciana de Zuviría y Escobar Castellanos, a su vez esposa del general Gorriti con el que contrajo nupcias en 1802 y en cuyo hogar y posiblemente también en la finca Los Horcones, a unos diez kilómetros de Rosario de la Frontera, recibió Díaz Vélez generosa acogida.

La reliquia fue exhibida en 1947 en el Museo Histórico Nacional del Cabildo de Salta, en una exposición de objetos históricos obrantes en manos privadas cuyo curador fue monseñor Miguel Ángel Vergara.

Sobre la destinataria de aquel presente cabe anotar que fue hermana del doctor Facundo de Zuviría, presidente del Congreso General Constituyente que sancionó la Constitución Nacional en 1853, además de ministro de Justicia, Culto e Instrucción pública del gobierno de Urquiza y presidente de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, y madre entre otros hijos, de la primera novelista argentina, Juana Manuela Gorriti. Una noticia biográfica de Feliciana de Zuviría y Escobar Castellanos puede leerse en el libro de Roberto G. Vitry: **Mujeres Salteñas** (Salta, 2000)<sup>4</sup>.

No obstante tantos laureles familiares que adornaron su existencia, Feliciana sufrió sinsabores y desarraigos; como que al ser vencidos en La Ciudadela de Tucumán por las huestes de Facundo Quiroga los unitarios, partido del que era dirigente principal Gorriti, debió partir con los suyos al exilio en Bolivia donde finalmente murió el prócer y donde la viuda y sus hijos sufrieron estrechez económica.

Miro entonces ahora ese trozo de género y pienso que los hilos de su tramado, enjugaron lágrimas suscitadas por duelos y nostalgias salteñas en los dolorosos albores de la Patria.

*(\*) Se publicó originalmente en la revista Historia, número 157, correspondiente a los meses de marzo-mayo de 2020.-*

---

4 Página 282.-

## SARMIENTO, LA EPIDEMIA DEL CÓLERA DE 1886-87 Y UN DOCUMENTO INÉDITO (\*)

Era corriente entre los círculos médicos de la época y así lo reflejaban los periódicos, concluir que la epidemia de cólera que asoló el país a partir de 1886 hasta finales de 1887, se inició como consecuencia de la llegada al puerto de Buenos Aires, el 11 de octubre de 1886, del vapor *Perseo* procedente de Génova. Cabe recordar que la peste ocurrida en ese bienio fue aquí la tercera manifestación de la enfermedad infecciosa de posible y remoto origen en la India. Abel Luis Agüero y Marcos Isolabella en un trabajo publicado en la *Revista Argentina de Salud Pública* en 2018, titulado: **El cólera en la Argentina durante el siglo XIX**, dan cuenta que la primera epidemia de cólera comenzó en Bahía Blanca en 1856, en tanto que la segunda se dio entre 1867 a 1869.

Por cierto, el innegable desarrollo de la ciencia con el método experimental y la filosofía positivista impulsándolo, verificado en la segunda mitad del siglo XIX, permitió combatir también en la Argentina con nuevas y mejores armas la peste de 1886 y 1887; y ello debido a que Robert Koch descubrió en 1883 el *Vibrio Cholerae* y el médico valenciano Jaime Ferrán ensayó la primera vacuna anticolérica dos años más tarde. Sin embargo, la cantidad de muertos en Buenos Aires y el interior fue muy grande y la alarma entre la población cundió a gran escala. La Asistencia Pública, fundada en 1883, con sede en la calle Esmeralda 80 donde se encuentra hoy la plaza Roberto Arlt, estaba para ese tiempo a cargo del doctor José María Ramos Mejía y pese a su eficiencia científica y capacidad organizativa pronto quedó desbordado el accionar de la benemérita institución antecedente del actual SAME.

Ante esta situación fue creada la Comisión Nacional de Auxilio presidida por Domingo Faustino Sarmiento y de la que era secreta-

rio el periodista y escritor santiagueño Pablo Lascano (h), la cual se organizó en Subcomisiones para actuar en el interior de la República frente a los contagios en Córdoba, Rosario y sobre todo en Tucumán, Salta y Santiago del Estero, donde la mortalidad era altísima. En 1887 tres estudiantes de medicina en la Universidad de Buenos Aires, presentaron para obtener sus doctorados otras tantas tesis referidas al cólera en la provincia de Tucumán. Eran ellos los estudiantes tucumanos José Roque Ávila y Diego García y el salteño Patricio Fleming Jáuregui, quien más tarde se perfeccionó en La Sorbona. Esas tesis doctorales han sido analizadas por los investigadores del CONICET María Laura Rodríguez, María Dolores Rivero y Adrián Carbonetti en el trabajo: **CONVICCIONES, SABERES Y PRÁCTICAS HIGIÉNICAS ARGENTINAS EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX: SUS CONDICIONES DE POSIBILIDAD EN LOS ESTUDIOS DE LAS EPIDEMIAS DE CÓLERA, 1868, 1871 Y 1887.**

Si se lo piensa en perspectiva, no deja de resultar curioso que para ocupar la presidencia de la Comisión Nacional de Auxilio fuera elegido precisamente Sarmiento, algo que habla de que los cambios de humores políticos en la sociedad ocurrían antes tanto como se dan ahora. Porque es de recordar que fue criticada con extrema dureza la decisión del sanjuanino de abandonar la ciudad en 1871 ante el recrudecimiento de la fiebre amarilla. En ese sentido, un artículo editorial de La Prensa aparecido en la edición del 24 de marzo de aquel año, contrastó el accionar del jefe del Poder Ejecutivo con el de la Corte Suprema de Justicia cuyos miembros –se remarcaba– permanecían en la ciudad atendiendo sus tareas. Y a renglón seguido el editorialista no ahorró calificativos para el presidente del que dijo: *“demuestra fuerza de ánimo en proporciones microscópicas y a la altura de una niña tímida y asustadiza.”*

Sin embargo, para los luctuosos episodios sanitarios de 1886-87, fue tenida muy en mérito su actuación al frente de la Comisión Nacional de Auxilio (Alguna bibliografía la llama “Comisión Nacional de Ayuda”). Cierta documento que el destinatario, doctor José Hilario Tedín (1854-1930) obsequió hacia 1900 en Salta a su



amigo el político y hombre público Salustiano Sosa Carrillo, una figura preponderante del mitrismo en el Noroeste Argentino, testimonia la escrupulosidad y diligencia administrativa con la que actuó el prócer en la oportunidad. Se trata de un agradecimiento a la labor prestada en la Comisión de Auxilio por Tedín, un médico salteño graduado en Buenos Aires con una tesis sobre **Hernias en general**. En su provincia ocupó el Ministerio de Gobierno y la Dirección de Higiene, como anota Vicente Osvaldo Cutolo en el tomo VII de su **Nuevo Diccionario Biográfico Argentino**. Allí también se subraya que durante la epidemia del cólera integró la Junta de Sanidad y actuó como presidente entre 1886 y 1887 de la Sub Comisión de Auxilio. En esa crónica del facultativo que redactó Carlos Gregorio Romero Sosa, igual que antes lo hizo para la **Gran Enciclopedia Argentina** dirigida por Diego Abad de Santillán en tanto colaborador de ambas publicaciones, dada la circunstancia de poseer el biógrafo el documento citado, pudo verificar “de visu” y destacarlo así en ambas síntesis, la gratitud personal e institucional de Sarmiento hacia Tedín. No está demás entonces y sobre todo por tratarse de una pieza inédita al presente, transcribir su texto compuesto y volcado al papel –lo más probable– por el propio firmante en calidad de presidente de la Comisión, dado que los rasgos caligráficos coinciden con la característica letra sarmientina abierta, clara y de estilo inglés:

Puede leerse arriba y a la derecha del papel hoy amarillento un sello que dice:

*Comisión Nacional de Auxilio. Comisión de Interior. Buenos Aires*  
Y luego:

*“Señor Presidente de la Subcomisión de Auxilio Doctor José H. Tedín*  
*Buenos Aires, 27 de enero de 1887*

*Comunico a Usted que en Asamblea General de Ciudadanos se decidió dar por terminada la acción de las diversas Comisiones de Auxilio el 31 del corriente quedando en ejercicio la Subcomisión hasta agotar los recursos y de brindar comunicación con el presidente de Hacienda si ocurriesen asuntos de su índole. Agradeciendo a la Subcomisión el concurso*

*espontáneo y decidido que han prestado a esta Comisión tengo el honor de suscribirme su atento y seguro servidor.*

*D F Sarmiento*

*Pablo Lascano (h)*

*Secretario*

Tampoco parece ocioso acentuar otra curiosidad reveladora de cómo se tejen y vinculan ciertos hechos en la vida. El doctor José Hilario Tedín adquirió en pública subasta, evitando su demolición, el edificio del histórico Cabildo de Salta cuando el gobernador Martín Gabriel Güemes decretó el remate. Fijó allí su residencia familiar y, lo puntualiza Fernando R. Figueroa en el **Diccionario Biográfico de Salteños** (Salta, 1980), “*dedicó locales para comercio, pero cuidó de conservar intactas las características del modelo edificado por don Antonio de Figueroa, alrededor de 1780*”. Pasadas las décadas la ley nacional 12.345 de 1937, proyectada por el senador Carlos Serrey con la colaboración en el acopio de antecedentes de un veinteañero Romero Sosa, dispuso la nacionalización del predio con destino a que funcionara allí, tal como sucede en la actualidad, el Museo Histórico Nacional del Cabildo de Salta. Lo organizó y dirigió en los primeros tiempos, precisamente el fervoroso depositario hasta su muerte del instrumento que suscribiera el Maestro de América sobre quien, historiador en ciernes en 1938, había dado a la imprenta el volumen: **Sarmiento juzgado cincuenta años después de su muerte.**

*(\*) Se publicó en La Prensa, el 17 de septiembre de 2020.-*

## JUANA MANUELA GORRITI, CLÁSICA Y ACTUAL (\*)

En la página 5 del número de La Prensa correspondiente al 8 de noviembre de 1892, una columna central reseñó las exequias de Juana Manuela Gorriti, fallecida el 6 de aquel mes. Allí se daba cuenta de los 50 carruajes que acompañaron sus restos desde la casa mortuoria de Avenida Santa Fe 1007 al cementerio de la Recoleta, entonces llamado del Norte, para ser depositados en la bóveda perteneciente a la familia Puch. La crónica consignó también las oraciones fúnebres que la despidieron: a cargo de Carlos Guido Spano, del ministro plenipotenciario del Perú doctor Serantes y de Próspero Zorreguieta que habló en nombre de la juventud salteña. El periódico destacaba las presencias del vicepresidente de la Nación doctor José Evaristo Uriburu, de Uladislao Frías –el tucumano ex ministro del Interior de Sarmiento–, de Francisco J. Ortiz –ex canciller de Roca en su primer mandato–, del ingeniero Miguel Tedín –futuro ministro de Obras Públicas de Figueroa Alcorta– y de José María Tedín, entre otros notables amigos de la escritora, así como que el gobierno nacional dispuso en acuerdo de gabinete que en virtud a los méritos personales e intelectuales de Juana Manuela y a los de su padre, José Ignacio Gorriti, Guerrero de la Independencia, el P. E. contribuyera con la suma de 1000 pesos a los gastos del entierro.

A casi ciento veinte años, qué desusados aparecen hoy la magnitud del cortejo y el magnánimo gesto de la flamante administración del presidente Luis Sáenz Peña, iniciada el 12 de octubre de ese año. Del mismo modo están borrosos o víctimas del olvido los apellidos patricios mencionados; y subráyese que lo de “patricios” corresponde al sentido en que el término se empleaba en la antigua Roma, en tanto presumían ellos ser descendientes de las curias primitivas o sea de

los padres fundadores y no por caer en este siglo XXI en un tilingo vocabulario aristocratizante.

Pero sobre todo cabe reconocer lo poco frecuentada que es al presente la obra de la que ha sido considerada como la primera novelista argentina. Será porque “*los clásicos se estudian pero no se leen*”, según gusta decir el poeta Santiago Sylvester, quien realizó la edición crítica de **La tierra natal** y **Lo íntimo** de Gorriti, que publicó el Fondo Nacional de las Artes en 1998.

Por cierto en tiempos de reivindicación feminista cabe atender incluso antes que priorizar sus escritos, a las condiciones de una personalidad nada común en su época, tan bien dibujada en la difundida novela de Marta Mercader **Juanamuela mucha mujer** dada a conocer en 1980, cuando era valiente y hasta temerario bajo la dictadura de Videla proponer a la consideración pública simbolizada en una figura notoria, la independencia del “segundo sexo” por decirlo con la terminología de Simone de Beauvoir.

En una secular sociedad patriarcal como la nuestra, no del todo exorcizada de esa rémora aún en el siglo XXI, tres mujeres –sin desconocer a otras también de singulares méritos– pueden tomarse en diferentes momentos del pasado como representantes modélicas de la condición femenina. Las tres hicieron historia por sí mismas y de algún modo se traspasaron, ajenas al fatalismo cronológico, la antorcha de la esforzada afirmación de su sexo: Mariquita Sánchez de Thompson (María Josepha Petrona de Todos los Santos Sánchez de Velasco), Juana Manuela Gorriti y Victoria Ocampo. Sucede que ninguna de ellas desertó de sus vocaciones frente a un medio predisuesto a anularlas y todas procuraron –y lograron en buena medida– mantener un trato de igual a igual, sin temores reverenciales con los hombres que amaron o con los que entablaron amistad, fueran ellos Bernardino Rivadavia, Domingo Faustino Sarmiento o Juan Bautista Alberdi en el caso de Mariquita Sánchez; Santiago Estrada o Vicente Quesada en el de Juana Manuela o el conde de Keyserling y el mismísimo Ortega y Gasset, agasajados en Villa Ocampo por la autora de **Testimonios** y primera mujer académica de letras de la Ar-

gentina. Tal vez el condicionamiento de clase les impidió ir más lejos y el carácter que desarrollaron no siempre en la bonanza —“*buyendo del desolado presente he tenido necesidad de refugiarme en las sombras del pasado y evocar nobles acciones de los muertos para olvidar las infamias de los vivos*”, anotó Juana Manuela— sumado al temperamento natural que las distinguía, suplantó el elaborado ideario revolucionario que caracterizó a una Flora Tristán o a una Rosa Luxemburgo. Aunque no es poco lo que llegaron a ser: mujeres a su propia hechura y no a los dictados del mundo exterior.

### VIDA NOVELESCA DE LA NOVELISTA

Juana Manuela Gorriti nació en la finca familiar salteña de Los Horcones, en Rosario de la Frontera, el 16 de julio de 1816. La más reciente de sus biógrafos, Leonor Fleming, quien tuvo a su cargo la reedición crítica de la novela **La tierra natal** —publicada en 2013 por la Biblioteca del Norte con el patrocinio de la Fundación Doctor Atilio Cornejo y el auspicio del Fondo Editorial de la Secretaría de Cultura de la Provincia de Salta—, volumen que encabezó con un extenso estudio introductorio y una completa bibliografía de la autora, recuerda que su llegada al mundo coincidió con la participación de su padre —José Ignacio Gorriti— en el Congreso de Tucumán que declaró la Independencia.

A los seis años pasó de la vida montaraz en la posesión rural familiar, al estrecho recinto de un colegio dirigido por monjas.

En las páginas testimoniales de **Lo íntimo**, contó Juana Manuela desgranando tristeza por la Arcadia perdida y demostrando franciscana ternura para con los seres que hicieron felices sus primeros años: “-¡Adiós, mi lindo caballo! ¿Quién te dará en adelante, pan y azúcar en las palmas de las manos...? Sin embargo mayor desarraigo aún le significó en 1831 el exilio familiar, primero en Tarija y después en Sucre, precipitado ante la amenaza de Facundo Quiroga, triunfador en La Ciudadela. A poco conoció a Manuel Isidoro Belzú, con el que se casó en 1833 y tuvo dos hijas: Edelmira y Mercedes. Belzú, caudillo

popular y décimo presidente de Bolivia, fue asesinado por Mariano Melgarejo en 1855, autoproclamado de inmediato presidente. Juana Manuela presidió sus funerales, más allá de estar separados de hecho desde 1847 en dato que aporta Fleming.

Refugiada en Lima donde creó una escuela para señoritas, también en la ciudad de los Virreyes nació en 1855, fruto del vínculo sentimental entablado con Julián Sandoval, su hijo varón Julio, su compañero de viajes y quien se ocupó de publicar algunas de sus obras después de su fallecimiento. (Juana Manuela tuvo otra hija, Clorinda, de posible apellido paterno Puch).

Que “*Gorriti fue una mujer luchadora que no desertó de la vida ni de la literatura*”, como bien resume su existencia Leonor Fleming –doctorada en la Universidad Complutense de Madrid con una tesis sobre **La narrativa del Noroeste Argentino**, autora de ediciones críticas y anotadas de Esteban Echeverría, Horacio Quiroga, Manuel Mujica Láinez, Juan Carlos Dávalos y Héctor Tizón y profesora en las universidades de Roma, París VII, Oviedo y en la argentina del Salvador– lo comprueban los múltiples testimonios existentes sobre su temperamento irreductible, que permite emparentarla con madame de Staél y bastante con George Sand; aunque Jorge Max Rohde la juzgó más virtuosa que la baronesa de Dudevant en **Las ideas estéticas en la literatura argentina**. Así como da fe de su talento en las letras y dedicación a ellas su numerosa obra escrita: **Sueños y realidades** (1865), **Biografía del general don Dionisio Puch** (1868), **Panoramas de la vida. Colección de novelas, fantasías, leyendas y descripciones americanas**, dos tomos, (1876), **El mundo de los recuerdos** (1886), **Oasis en la vida** (1888), **La tierra natal** (1889), **Cocina ecléctica** (1890), **Perfiles** (1892), **Veladas literarias de Lima 1876-1877** (1892) y **Lo íntimo**, el libro póstumo de 1898.

El cultivo de la escritura no resultó en su caso un adorno o un pasatiempo sino que representó el fruto de una imperiosa necesidad expresiva. También funcionó como una fuerza que en vez de recluirla en un gineceo creador, la impulsó al mundo de la vida desde su

*cuarto propio*, por decirlo en término de Virginia Wolf; así como a la frecuentación de los representantes más notorios de la cultura tanto de la República Argentina, como de Bolivia y el Perú. En Lima animó célebres reuniones culturales: “*abrió salón, como se decía en el idioma convencional de su época*”, comentó Bernardo González Arrili en un artículo que le dedicó en junio de 1949 en La Nación.

Esa tertulia hizo historia y en una carta de Ricardo Palma a su hijo Julio Sandoval, incluida al comienzo de **Veladas literarias de Lima 1876-1877**, libro que contiene a modo de prólogo la biografía de Juana Manuela redactada por Pastor Obligado y fue impreso en Buenos Aires en 1892 precisamente por impulso del mencionado Julio, memoró nostálgico Palma a la amiga salteña reinando en esas galas. Así el prosista de **Tradiciones peruanas**, luego de enumerar varios de los participantes de ese legendario salón limeño como Cristina Bustamante, Rosa Mercedes Riglos de Orbegoso, Rosa Ortiz de Cevallos, Victoria Domínguez, Manuelita V. de Placencia, el poeta de calderoniana entonación Adolfo García o el también poeta y periodista Acisclo Villarán, concluyó: “*Pocos quedamos en pie de aquella pléyade entusiasta de luchadores que hicieron de las amenas tertulias de Juana Manuela Gorriti, animado palenque de literarias contiendas*”.

Comenzamos refiriendo su entierro, pero en tributo a su memoria sería más apropiado finalizar recalcando que Julio F. Sandoval, aunque apenas la sobrevivió dos años al fallecer en Buenos Aires en 1894, fue como ya se adelantó artífice de la publicación de los últimos libros de su madre. También su nuera, Urbina Ponce de Sandoval, ha quedado vinculada con la escritora y no solo debido al parentesco político entablado. Está presente en **Cocina ecléctica**, libro con recetas de nombres tan pintorescos como “Sopa teológica”, “Pastelitos de ayuno” o “Embozo a la Elvirita”. En las páginas de **Cocina ecléctica**, Urbina Ponce de Saldoval aparece dos veces mencionada como aportante de algunas preparaciones culinarias, la más pintoresca: “Chicha de garbanzos”. “Asidlo por la boca, *recomienda Juana Manuela en el prólogo*”, comentó jocoso Miguel Brascó en el

que a su vez redactó para la reedición de la obra por la Librería Sarmiento SRL en 1977.

Vaya a modo de cierre una curiosidad: el 5 de julio de 1893, Julio Sandoval envió desde Buenos Aires su fotografía dedicada, tal los usos de la época, –¿quizá?– al político y escritor salteño doctor José Arturo León Dávalos Isasmendi, padre del poeta Juan Carlos Dávalos. Cabe plantear la duda, en primer lugar, al encabezarse el breve texto al “*Amigo Arturo*”, sin mención de apellido. Y después por la primera frase: “*Tú gozas de los aires de la Patria*”, una referencia, en principio, al común terruño, que de ser el natal de Julio corresponde al Perú y no a la argentina Salta de Dávalos, venido al mundo allí en 1851. Sin embargo podría tratarse de una cariñosa asimilación de su parte a la tierra materna. Lo cierto es que a continuación anotó allí añorante entre otras expresiones dibujadas con caligráfica letra inglesa: “*Yo represento al peregrino. Te contemplo desde la distancia. ¡Quién creyera esto!*”. Todo un enigma el documento conservado por Carlos Gregorio Romero Sosa, sobrino nieto del posible destinatario, que descubrimos en su biblioteca junto a viejas ediciones de la escritora en cuestión, consultadas con motivo de elaborar el presente trabajo.

*(\*) Se publicó en La Prensa, el 21 de enero de 2019.-*



## FRANCISCO CENTENO, COSTUMBRISMO E HISTORIA (\*)

Si el infinito Borges postuló que el periodismo se parece peligrosamente a la literatura, salvando el atrevimiento de parafrasearlo podría decirse que el género literario del costumbrismo, puede —y suele— confundirse simpáticamente con la historiografía; como que el costumbrismo es el suburbio del arte de Clio. Y lo es por desentenderse del documento que certifica y avala el recuerdo individual o colectivo reconquistado antes que nada por el sentimiento. Cabe entonces preguntarse si no será mera cuestión de tiempo esa provisionalidad de la certeza. Hasta que el fatigar archivos por los estudiosos convierta la página evocativa en otra inobjetable fuente histórica.

El salteño Francisco Centeno (1862-1944) no se juzgó a sí mismo historiador. En su escudriñar el pasado, el de su provincia tan enraizada en su sangre —su padre fue el hacendado en Cerrillos y coronel Francisco Centeno, uno de los defensores de la ciudad de Salta cuando la invasión del general Felipe Varela en octubre de 1867 y su madre, Inés Alemán y Puch, parienta próxima de Carmen Puch la esposa del general Güemes—, como el acontecer nacional y aún el hispanoamericano, prefirió ejercitar la nota testimonial y amable propia de un cronista, sin aires de investigador o de ideologizado intérprete del ayer. Por ejemplo es frecuente hallar frases tales como *“Echando mis recuerdos a mi lejana niñez...”*, o bien: *“En mis dulces años de chango...”*, en la serie de artículos dados a conocer en 1939 en el diario El Pueblo, de la ciudad de Lerma, con el título “Salta 70 años atrás”, serie bajo la indudable influencia de las **Memorias de un setentón** del madrileño Ramón de Mesonero Romanos. Y es que a las exigencias de un estilo cuidadoso y un lenguaje académico, *“prefería el tono familiar sin excluir los proloquios populares en el que sobresale un dejo de humorismo criollo”*, según anotó La Nación en

la nota necrológica que le dedicó en la edición del 25 de agosto de 1944, al día siguiente de su muerte ocurrida en la ciudad de Buenos Aires, lugar de su larga radicación.

Más severo resultó en sus libros, entre ellos los tres tomos de sus **Virutas Históricas**, de quinientas páginas cada uno<sup>1</sup>, obra elogiada entre otros por Enrique de Gandía y Bernardo González Arrili. Desbordante cada uno de la serie de aparato erudito, tampoco es desdeñable allí la incorporación de documentos oficiales dados a luz por primera vez, junto a alguna correspondencia privada de insoslayable valor histórico, como la intercambiada por Juan María Gutiérrez y su contemporáneo miembro de la Generación del 37 Pío José Tedín, cartas que Centeno supo rastrear, desempolvar y revelar al público, igual que en otro de sus trabajos lo hizo con el epistolario entre el correntino Pedro Ferré y el general José María Paz.

Centeno fue un autodidacta que se jactaba de haber tenido dos maestros: Estanilao S. Zeballos y Victorino de la Plaza. En 1884, designado por su comprovinciano el ministro de Relaciones Exteriores y Culto Francisco J. Ortiz, ingresó a la Cancillería donde llegó a ocupar la Dirección de la Biblioteca y el Archivo y en ocasiones quedó a cargo de la Subsecretaría de Relaciones Exteriores. Confidente del ministro Luis María Drago, el presidente José Figueroa Alcorta le encomendó la recopilación de los tratados internacionales suscritos por el país, que reunió en once tomos. Antes Zeballos, al que conoció en su primera juventud trascurrida en Rosario, lo convocó para colaborar en la Revista de Derecho, Historia y Letras bajo su dirección. Allí pueden rastrearse al menos treinta y dos artículos de su firma. Uno de estos, publicado en 1915, se refiere a la cuestión de las Islas Malvinas con aportación de nuevos documentos justificativos de nuestra soberanía sobre el archipiélago usurpado. Francisco Centeno acopió una biblioteca de varios miles de volúmenes, la que fiel a su catolicismo militante donó al Convento de San Francisco de Salta, con el destino expreso a la consulta pública.

---

1 Buenos Aires, 1929.-

Entre otros, escribieron sobre él, el periodista y poeta Domingo V. Gallardo que lo entrevistó para el periódico La Acción de Rosario en noviembre de 1939; Vicente Osvaldo Cutolo, Diego Abad de Santillán, y brevemente Vicente Arias Romero, José Hernán Figueroa Aráoz y Fernando A. Figueroa que incorporó su biografía al **Diccionario Biográfico de Salteños**. Aunque en la reflexión del historiador miembro de la Academia Nacional de la Historia, Gregorio Caro Figueroa: *“Con Centeno pasó lo que siguió sucediendo en Salta: ignorar a los salteños que residieron fuera de Salta. Ese pecado no se perdona: se les retira la condición de salteños, se los ningunea o se los ignora”*.

En 2011 la Biblioteca del Norte dirigida por la doctora Leonor Fleming, publicó con el patrocinio de la Fundación Doctor Atilio Cornejo y edición con un prólogo introductorio a cargo de la profesora Eulalia Figueroa Solá, una selección de capítulos de las **Virutas Históricas**, bajo el título de **Crónicas de Salta**.

Aparte de libros, poseyó un nutrido archivo de documentos históricos. En 1929 obsequió uno de ellos al profesor Daniel Policarpo Romero, su amigo, coterráneo, y a la sazón secretario del Consejo General de Educación. Se trata de la reglamentación del ejercicio de la profesión médica en Salta, aprobada el 7 de abril de 1848 por la “Representación Jeneral” (Sic), órgano legislativo antecesor de la legislatura provincial creada por la Constitución de Salta de 1855 e inaugurada un año después siendo en su origen unicameral. Nada extraño resulta que Centeno tuviera en su poder el documento de referencia toda vez que en el tomo tercero de las **Virutas Históricas** hay un capítulo titulado **La Medicina en Salta. Historia y anécdotas 1809-1887**. Allí trató en extenso sobre la vida y labores del norteamericano médico de Belgrano y Güemes, doctor José Tomás Redhead; del italiano Pablo Mantegazza, que aisló la cocaína de la coca; del irlandés Miguel Fleming, del germano Manuel Serrey, padre del político conservador y senador nacional doctor Carlos Serrey y de los galenos criollos Joaquín Díaz de Bedoya, director del Cuerpo Médico durante la Guerra de la Triple Alianza, Moisés Oliva,

gobernador de Salta y dirigente del roquista Partido Autonomista Nacional y Cleto Aguirre, uno de los primeros oftalmólogos de la Argentina, decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires y en la actividad política legislador nacional y progresista gobernador de su provincia.

Aquel instrumento de 1848 fue suscrito por el Vicepresidente de la Representación, doctor José Benjamín Dávalos de Molina, más tarde gobernador constitucional de Salta y fallecido en ejercicio del cargo en 1867; y por Juan Francisco Valdés en calidad de secretario del cuerpo. De algún modo esa reglamentación operaría asimismo como una suerte de código de ética médica y no deja de resultar curiosa la lectura de su articulado que se inicia prescribiendo lo siguiente, modificada aquí la ortografía original para hacer más fácil su lectura: *“El derecho de cobrar honorario por asistencias médicas, corresponderá solamente a los facultativos con títulos.”*

En la actualidad cuando por de pronto en nuestro país, casi todas las actividades profesionales han sido reglamentadas y algunas de ellas exigen matrícula y otras además colegiación obligatoria para su ejercicio, no llama la atención el antecedente aquí tratado, que si bien no llega a esos extremos regula y limita hasta el monto de los honorarios a percibir por los médicos, según fuera su actuación. Así el artículo segundo expresa: *“Los profesores titulados de medicina, no podrán en adelante cobrar otro honorario correspondiente a sus recetas, o a las visitas que con este objeto hagan a los enfermos, que el de cuatro reales por cada una.”* En tanto el artículo tercero dice: *“Las visitas que hicieren desde las diez de la noche hasta las doce de ella siendo llamados, gozarán solo el honorario de un peso, y el de dos por las que de allí hiciere hasta venir el día.”*

A continuación se refiere a la actividad de los cirujanos: *“Para las operaciones quirúrgicas que practicaren siendo de las comunes y de las que no afectan partes delicadas del cuerpo, el máximo de sus honorarios será de seis pesos.”* El artículo 9 habla de *“haberse comprometido a la curación de los enfermos”* y de lo que debía percibir el facultativo en

caso de devolver o no la salud. Claro está, faltaba mucho para que en pleno siglo XX la doctrina jurídica diferenciara las obligaciones de medios y no de fin a cargo de los médicos y por ejemplo los tratadistas Borda por una parte y Alterini por otra postularan, bien la responsabilidad extracontractual o bien la contractual, pero acordando ambos que ningún galeno puede comprometerse a sanar a nadie sino a prestar el tratamiento más seguro. Por su parte el artículo 10 tabulaba que *“por la extracción de muelas solo podrá cobrarse un peso, cuatro reales por las sangrías y dos por las ventosas sajasadas.”* Vendrán luego las penalidades por el mal ejercicio y por el ejercicio sin título habilitante. Esas sanciones consistían en suspensiones y multas progresivas *“que se aplicarán a objetos de beneficencia pública, según la necesidad lo exija y atendida la preferencia que el Poder Ejecutivo quiera dar a los que la reclamen.”* Finalmente el artículo 20 ordena que se comunique la normativa al Poder Ejecutivo –era gobernador el coronel José Manuel Saravia– para el cumplimiento de lo resuelto.

Es de imaginar a don Francisco Centeno en su casa porteña de Ugarteche 3101, próxima al Jardín Zoológico, echando a vuelo sus reminiscencias salteñas; y haciéndolo con memoria más fiel incluso que la letra ya borrosa y el avejentado papel de los textos originales en su poder como el aquí glosado, que documentan hechos de un lejano pasado provinciano.

<sup>(\*)</sup> *Se publicó en La Prensa, el 3 de enero de 2021.-*



## UN SEMANARIO MANUSCRITO Y EN BROMA EN LA SALTA DE 1899 (\*)

La intolerante sociedad salteña de fines del siglo XIX no podía impedir, sin embargo, la filtración de ideas de progreso en el envase positivista y darwiniano propio de la época. Ni que una mínima parte del clero, advertido de la cuestión social, difundiera el magisterio de León XIII que pregonaba la existencia de derechos de los trabajadores en las relaciones laborales para escándalo de una idiosincrasia patriarcal, que a lo sumo llegaba a conceder, con paternalismo, buenos tratos a los subordinados y al personal de servicio. Incluso hasta alguna irreverencia del periodismo local, era tolerada como válvula de escape al “statu quo” a la medida de la “gente decente”. O por decirlo en forma más apropiada, a su larga siesta colonial apenas sacudida por el Fuero Militar o Fuero Gaucho del general Güemes y las contribuciones forzosas exigidas por el Caudillo a sus adversarios de la Patria Nueva con sus ínfulas de “aristocracia republicana” en términos de Atilio Cornejo, aparte de alguna posterior guerra casi dinástica entre los grupos de poder vernáculo.

En ese sentido basta recorrer la historia de los medios gráficos de la provincia, que Miguel Solá registró en 1924 en su obra **La imprenta en Salta**, un tema que en 1984 también desarrolló la profesora Eulalia Figueroa de Freytes en el ensayo **El periodismo en Salta en la segunda mitad del siglo XIX** y más próximamente, en 2003, en **Historia del periodismo en Salta** (Cuadernos de Humanidades Nro. 14, UNAS) los investigadores Mabel Parra, Olga Armata, Rubén Correa, Marta Pérez de Correa, Carlos Abraham (Sic), María Elba Frutos, Raúl Vargas y Alejandra Soler, para advertir que en ocasiones la prensa escrita no resultaba sumisa a los mandatos tradicionales y hasta se jugaba por la crítica al poder oligárquico y sus sólidas estructuras de dominación cultural y social.

De cuando en cuando, con toques de humor, medios independientes y por lo general efímeros, expresaban disconformidad o caricaturizaban las sólidas costumbres establecidas secularmente, así como los tejes y manejes de las familias gobernantes. En ocasiones lo hacían en verso, tal vez para que los lectores y los propios aludidos repararan más en el ingenio del cronista que en el reproche propiamente dicho.

Empero también la práctica del “Castigat ridendo mores” podía costar caro. Del periódico **El Demócrata** apareció un solo número, el 16 de octubre de 1879 y cuenta Miguel Solá que su contrincante político: **La Civilización**, lo despidió de esta manera: *“Era un diario popular/ del pueblo más conocido/ y apenas la vida vio/ huyó ya despavorido/ de los salteños que son/ en línea de periodismo/ en lugar de protectores/ la muerte y el ostracismo.”* O antes **El Libre**, órgano del Partido Liberal y adversario del gobierno de Juan Nepomuceno Urburu, se despidió en 1863 con el siguiente epitafio: *“Ha muerto por opositor a la oligarquía”*. Cuando no se daban hechos más violentos como irrumpir en la redacción y empastelar una edición entera atentando contra la libertad de prensa, acto del que fue víctima en 1903 el diario católico **La Democracia**, que dirigía el presbítero doctor Clodomiro Arce Romero, por parte de ofendidos socios del Club 20 de Febrero ante alguna reconvencción en sus editoriales al estilo de vida mundano.

Quizá para evitar parecidos riesgos, sin descuidar el ahorro en maquinaria que significaba una edición manuscrita, es que en 1899 irrumpió en la ciudad del cerro San Bernardo, escrito a mano por los propios redactores el semanario sabatino **El Anacoreta** con absurdas noticias locales y burlas a colegas como el periodista español Arturo Lindozo, después administrador del diario **La Provincia**, y a otras personalidades de figuración social como Julio San Millán, el joven Ricardo Orellana o Teófilo de la Cuesta. Otro dato original es que buena parte del material se encuentra redactado en forma de romances octosilábicos y coplas repentistas o más bien redondillas, por lo que no sería de extrañar en ellos, la influencia de Nicolás López Isasmendi (1873-1919), poeta satírico y creador de epitafios cáusticos que anteceden cronológicamente a los apare-



cidos en la porteña revista **Martín Fierro** nacida en 1924 bajo la conducción de Evar Méndez.

López Isasmendi dado a fustigar aspectos de su Salta “*poético vergell por su clima tropical*”, escribió en verso las actas de la por él organizada y con grandilocuencia bautizada “Junta de Investigaciones Históricas, Arqueológicas y Numismáticas”, suerte de versión salteña de la famosa –y algo maligna– Syringa de José Ingenieros creada en 1897.

**El Anacoreta**, que se ufanaba a continuación del nombre de su condición de “Gran Semanario” y se resguardaba en una “Dirección desconocida” de las respuestas de previsible tono airado por parte de las figuras a las que tomaba en broma, no las ahorra ni a severos militares ni a distinguidos profesionales liberales. En la entrega correspondiente al 14 de noviembre de 1899 puede leerse: “*Comunican de Kuan-Tong/ que el mayor Alfredo Boden/ ha tenido un atracón/ de queso sin que lo soben*”. En otra columna: “*José M. Leguizamón/ de profesión abogado/ ofrece sus picardías/ al público consumado*”. Y a continuación: “*Por San Martín el vecino/ ha sido bien recibido/ el reciente nombramiento/ hecho a Ernesto Solal de Inspector de Alumbramiento.*”

Días antes, en el número 4 del 2 de noviembre de 1899, anunció en una Sección Telegráfica de una inverosímil Agencia Alcachofa, disparates como el siguiente digno de figurar en el sabroso **Manual del perfecto periodista**, que publicaron en Madrid en 1891 los españoles Carlos y Ángel Ossorio y Gallardo: “*ITALIA: hoy sale para esa el señor Luis A. Ovejero confeccionador de macanudas osamentas y covachas.*”

Es de suponer que el mensaje subyacente tras semejantes chanzas no sin un dejo de crítica costumbrista, tendría como objetivo desacartonar a los poseedores de títulos y posiciones, en un medio endogámico como que la ciudad de Salta contaba en las últimas décadas del siglo XIX con unos veinte mil habitantes y donde abundaba la solemnidad y pronto se hablaría de los llamados “opas solemnes”; esos seres olímpicos afectos al cuello palomita y “*funcionarios con mucha prosapia y mucha prosodia*” al decir del genial Gustavo “Cuchi” Leguizamón en un reportaje de 1989. Los mismos que en la

captación de caracteres locales del compositor de “Zamba de Balde-  
rrama” son los que “*ensayan frente al espejo*”.

Aunque por otra parte tampoco es forzado pensar que el hebdo-  
madario de confección casera y una consiguiente más que acotada  
difusión, reclamaría con “*animus jocandi gratiae*” a los diarios pre-  
suntamente serios y con llegada más amplia, para impulsarlos a salir  
de la medianía de anoticiar intrascendencias y dedicarse en cambio  
a recabar informaciones que valieran la pena ser difundidas a la co-  
munidad, en vez de propalar chismes políticos e internas de señores  
de club, desde luego próximos por parentesco o vinculación a los  
anónimos y jocosos censores de tan superficiales usos y costumbres.

Motivos de familia me han hecho depositario de algunos ejem-  
plares de **El Anacoreta**, en parte manuscritos por uno de los parti-  
cipantes de la aventura seudoperiodística, que, por supuesto duró  
bien poco y pasó sin dejar mayores rastros de su existencia a punto  
tal que una fuente inobjetable del pasado salteño y del Noroeste  
argentino, el historiador, periodista y bibliófilo Gregorio Caro Fi-  
gueroa, me respondió en fecha reciente al consultarlo al respecto  
que nunca había leído ni escuchado sobre ese raro diario. Sé que  
el copista y eventual versificador era el salteño Daniel Sosa Dá-  
valos, nacido en 1882 y muerto antes de cumplir veinte años al  
que celebraban e incitaban a sus salidas en verdad más ingeniosas  
que malignas, un grupo de contemporáneos generacionales suyos  
advertidos de sus burlas. Entre ellos estaban sus íntimos amigos  
Alberto Aráoz y un descendiente del gobernador federal de Salta  
entre 1848 y 1850 de igual nombre: Vicente Tamayo, veinteañero  
hacia 1899 al que **El Anacoreta** incorporó a su galería chistosa  
adjudicándole la propiedad de una sastrería civil y militar. Aunque  
Daniel, el informal hijo del político mitrista, combatiente junto a  
su padre –un guerrero de la Independencia– y hermanos contra la  
invasión de Felipe Varela en aquel 10 de octubre de 1867 y luego  
varias veces presidente de la Legislatura local: Salustiano Sosa Car-  
rillo y de Javiera Celina Dávalos Isasmendi, también debió afron-  
tar algún disgusto paterno por sus irreverencias.

Festejado o recriminado, el joven era una promesa por sus reconocidas inquietudes culturales y literarias que supo estimular su tío el jurista, escritor, poeta y hombre público doctor José Arturo León Dávalos Isasmendi y que debido a la diferencia de edad apenas le fueron dadas a compartir, pese a las indudables “afinidades electivas” (Goethe dixit) entre ambos, con su primo hermano Juan Carlos Dávalos cinco años menor que él.

No era de extrañar que tuviera vocación por las letras e interés por las cosas del terruño, incluso para someterlas a crítica con juvenil iconoclasia. Su madre fue algo así como la guardiana de la memoria familiar y una prolija depositaria de los recuerdos de la progenie, desde la correspondencia de los antepasados hasta la disciplina o ciliicio de su abuela materna, Javiera Molina y Gallo, muerta en fama de santidad en 1841 y de la que cuentan las crónicas de su tiempo, que imitaba a Santa Rosa de Lima en sus devociones y mortificaciones. Los biógrafos de Celina Dávalos Isasmendi de Sosa, y entre los más recientes Roberto G. Vitry, al trazar su semblanza en el diccionario **Mujeres salteñas** (2000) anota que facilitó al historiador Atilio Cornejo la documentación respectiva sobre su ascendiente para su publicación en el libro **Apuntes Históricos de Salta**.

Al presente no quedan de Daniel Sosa Dávalos más testimonios que alguna fotografía, una referencia en los apuntes de Policarpo Daniel Romero a su participación junto a un grupo de jóvenes escritores en el ascenso al cerro San Bernardo en el mes de julio de 1894 a instancias de Leopoldo Lugones de visita en Salta<sup>1</sup> y las muestras de su caligrafía en las amarillentas páginas de **El Anacoreta**. Sobreviviéndolo ellas, como que en esa escritura uniforme y esmeradamente clara, que trasmite ocurrencias suyas y de sus compañeros de quijotescas andanzas en el singular noticiario, habrá volcado mucho de su espíritu lúdico y soñador de las empresas futuras que el destino no le permitió cumplir.

*(\*) Se publicó en La Prensa, el 5 de septiembre de 2021.-*

1 César Perdiguero: **Antología del cerro San Bernardo. Página 45**. Fundación Etchart, 1984.-



## UN ALUMNO DE GOUNOT EN LA SALTA DE FINES DEL SIGLO XIX (\*)

Contaba yo pocos años –y pido perdón por ser autorreferencial– cuando el sacerdote de origen alemán y extensa actuación religiosa, cultural y docente en el país, R. P. Santiago Lichius (1877-1973), perteneciente a la congregación del Verbo Divino, visitó un día nuestra casa. Este organista virtuoso, compositor, musicólogo y frecuente colaborador en los periódicos con notas sobre crítica musical y temas piadosos, recibió en la oportunidad de manos de mi padre, varias partituras originales de quien fuera también otro creador musical, en su caso de finales del siglo XIX y principios del XX: el salteño presbítero doctor Clodomiro Arce Romero, nacido en la ciudad del cerro San Bernardo el 14 de noviembre de 1854 y fallecido allí el 27 de septiembre de 1909.

Habrà motivado la entrega de esas partituras, el convencimiento que nadie mejor que el padre Lichius para analizarlas y en su caso difundirlas. Ignoro qué piezas o fragmentos de ellas pudieron haber sido las obsequiadas entonces, ya que en las biografías del doctor Arce, tanto la incluida en el **Diccionario Histórico Argentino**, dirigido por los historiadores Ricardo Piccirilli, Francisco L. Romay y Leoncio Gianello; como la inserta más tarde en el **Nuevo Diccionario Biográfico Argentino** de Vicente Osvaldo Cutolo, se lo menciona como compositor de dos misas, de numerosas piezas musicales para órgano de carácter litúrgico y de una Rapsodia de proyección folclórica. Tiempo después el P. Lichius proporcionó al obsequiante una hoja pentagramada que contiene la obra original de Arce para voz y órgano con arreglos de aquél según se lee al final con su letra y firma, titulada “Ecce altare domini, expresión bíblica que se repite en función de antífona en la partitura.

No era improvisada ni accidental su pasión musical. En la obra de Roberto G. Vitry: **Mujeres Salteñas** publicada en Salta en el año 2000, al trazar la biografía de doña Antonina del Carmen Alvarado

de Moyano, hija del brigadier general Rudecindo Alvarado, dama patricia a la que la historia salteña reconoce como notable benefactora, se señala que entre las muchas obras caritativas y piadosas debidas a su generosidad como la contribución para erigir la torre de la basílica de San Francisco y la construcción de su altar mayor o la restauración de la histórica torre de la iglesia de la Merced, el dato –vivo por cierto en la tradición familiar– que Carmen Alvarado de Moyano fomentó la vocación artística de Arce y su particular inquietud por la música sacra, llegando a costearle un viaje a Europa en su juventud, para que en París se perfeccionara en armonía y composición con Charles Gounot. Al respecto solían testimoniar sus hermanos Josefa y Pascual Arce quienes lo sobrevivieron varias décadas, sobre la veneración que manifestaba por el genial autor de **Fausto**. Incluso en uno de sus posteriores viajes al Viejo Mundo visitó al antiguo maestro en su residencia parisina de St. Cloud.

Hijo de Felipe Arce y Zelarayán y de Matilde Trinidad Romero de la Corte, sobrina del general Güemes, Arce realizó sus estudios sacerdotales primero en su provincia y luego en el Seminario de Loreto, en Córdoba, en cuya Universidad se doctoró en Derecho Canónico. Ordenado sacerdote en Salta en 1878 por su pariente, el franciscano monseñor Buenaventura Rizo Patrón, tercer obispo de la diócesis salteña, fue luego catedrático en el Seminario Conciliar de Salta fundado por el mencionado pastor en 1874 y del que llegó a ser rector. Canónigo de la Catedral de Salta y fiscal eclesiástico, el diario La Provincia dirigido por el poeta satírico Nicolás López Isasmendi, en la nota necrológica que le dedicó el 28 de septiembre de 1909 donde informaba que el acto del funeral se realizó en la Catedral, subrayó su condición de *“decano del venerable cabildo eclesiástico de esta diócesis”*.

Se desempeñó antes como párroco de Nuestra Señora de la Candelaria de la Viña en la segunda mitad del siglo XIX, cuando activó la edificación de la torre y el campanario que proyectó el ingeniero Rauch, como informa Telma Chaile en su trabajo **La tradición de la Virgen de La Viña. Construcción colectiva y homogeneización de los relatos devocionales en Salta, Argentina, a fines del siglo**

**XIX y principios del XX** (Hispania Sacra, Vol 65, Nro. 132 (2013). Esa iglesia debió ser entrañable para él: su tío el canónigo Pascual Arze Zelarayán –que firmaba “Arze” con z– había ejercido allí el ministerio parroquial y promovido la creación del nuevo templo de estilo italianizante, hoy Monumento Histórico Nacional; en tanto que su abuelo materno, el guerrero de la Independencia y del Brasil, Gregorio Victorio Romero González, había donado en su juventud terrenos de su propiedad situados en la actual calle Alberdi al 400, para que junto a la modesta capilla original del Nazareno o capilla de La Viña, se erigiese un templo destinado a honrar la advocación de Nuestra Señora de la Viña, lo cual se concretó décadas más tarde con el producido de nuevas donaciones de otros fieles.

En 1903 –da cuenta un artículo aparecido en El Liberal de Santiago del Estero el 18 de mayo de 2019– el doctor Arce era visitador diocesano del obispado de Tucumán a cargo de monseñor Pablo Padilla y Bárcena y a sugerencia suya, se decidió desmembrar del curato santiagueño de Matará a Mailín y constituir allí una nueva parroquia próxima al añoso algarrobo donde se inició la veneración del Señor de los Milagros de Mailín. Además fundó en Salta la Sociedad de Obreros Católicos de San José, que se integró luego a los Círculos Católicos de Obreros creación del sacerdote redentorista Federico Grote en 1892. Actuó en el periodismo local divulgando a través de la prensa las ideas en materia social de la encíclica “Rerum Novarum”. En 1908 participó en la primera peregrinación argentina a Tierra Santa junto a figuras eclesíásticas y laicas de prestigio, entre ellas el tucumano monseñor Julián Toscano –hoy enterrado junto al altar mayor de la catedral de Cafayate donde fue párroco–, monseñor fray Zenón Bustos y Ferreyra, monseñor José Américo Orzali, el entonces franciscano fray Pacífico Otero, después eminente historiador sanmartiniano, o la madre Camila Rolón, fundadora de la Congregación de las Hermanas Pobres Bonaerenses de San José y cuya causa de beatificación y canonización se tramita en la actualidad. Del periplo iniciado en el puerto de Buenos Aires rumbo a los lugares sagrados de la cristiandad dejó testimonio escrito en sus **Memorias de viaje a Palestina**. En 1903 el

papa León XIII le otorgó la cruz “Pro Ecclesia et Pontífice” y suscribió el correspondiente diploma que acompaña a la condecoración el entonces Secretario de Estado, cardenal Mariano Rampolla.

Aparte de la fundamental dedicación al orden sagrado y de su afición por la música, el doctor Arce tuvo gran interés por las ciencias naturales y destacan sus biógrafos, que reunió un herbario en su hogar que lucía en vitrinas en la sala donde ejecutaba su armonio; como si esos testimonios muertos de la naturaleza le inspiraran volar hacia las regiones inateriales e imperecederas del arte. En especial desarrolló estudios etnográficos y arqueológicos y participó en expediciones arqueológicas junto al nombrado monseñor Toscano, destacado historiador y arqueólogo autor de ensayos en la materia tales como: **La región calchaquina** (1898) e **Investigaciones sobre arqueología argentina** (1910). Y con el ingeniero Víctor J. Arias, uno de los primeros estudiosos de la Cultura de La Candelaria que después profundizó Alfred de Metraux. En una de esas expediciones, el doctor Arce halló al norte de Cachi un vaso lítico ceremonial con forma de jaguar hembra en estado de parición, con guardas decorativas en su exterior talladas en la piedra que representan hojas de árboles. Esa pieza despertó en los años cuarenta del siglo pasado la atención del antropólogo José Imbelloni, en tanto Dick Edgar Ibarra Grasso destacó en el objeto alguna influencia del Tiahuanaco.

Es de imaginar a Clodomiro Arce Romero, un día con el oído atento al pentatonismo andino de raíz incaico revivido en las nativas bagualas, y extasiado otra jornada frente a la sublimidad de las melodías de Charles Gounot, al tener el privilegio de escucharlas en versión del maestro. O tragando tierra en sus excavaciones arqueológicas y al regreso de cada yacimiento, dado a predicar desde el púlpito con inspiración ascética enriquecida por esas experiencias, aquel pasaje del Génesis: “*polvo eres y al polvo volverás*”.

(\*) *Se publicó en La Prensa, el 7 de junio de 2020.-*



## JUAN CARLOS DÁVALOS: ESTIRPE Y TRAGEDIA (\*)

Es sabido que el salteño Juan Carlos Dávalos (1887-1959) buscó y halló inspiración para sus cuentos, poemas, artículos periodísticos y obras teatrales en las tierras del Noroeste Argentino y en sus habitantes de ojos avizores del viento blanco: los pobladores cuya idiosincrasia habla del vínculo misterioso y desigual entre el hombre nativo y el paisaje capaz de apabullarlo pero no vencerlo con su grandiosidad, en una dimensión generadora de fuerzas desatadas y ya bienhechoras como la del dios Coquena, protector de los rebaños de vicuñas y llamas, o ya de traviesa crueldad como la del Duende que aparece a la hora de la siesta bajo las higueras y guarda en su casaca enana una mano de plomo y otra de lana.

No obstante esas fuentes en que abrevó, Dávalos también supo valerse para los argumentos de algunas de sus creaciones de las tradiciones familiares que bullían en su linaje hidalgo: *“Manes de mis abuelos, duras almas de roca,/ para quienes la vida era acción y pasión!/ ¡Almas de España fuerte, almas de España loca,/ aún os llevo insepultas aquí en mi corazón”*, escribió en un modernista soneto alejandrino, suerte de prólogo a su drama en tres actos y en verso: **Don Juan de Viniegra y Herze**, que en edición oficial se publicó en Salta en 1917 y teatraliza –comenta Roberto García Pinto– *“algunos episodios de antaño ocurridos en su familia”*. Y si no el peso de los genes, en cambio cierto mandato o mensaje espiritual transmitido por la sangre, le había hecho evocar después, en tono autobiográfico en el prefacio de **Estampas lugareñas** (1941), la historia de sus comienzos en las letras, a los catorce años y a impulsos de su abuela, *“gran señora feudal con una personalidad llena de carácter y significación”*; tal su descripción de doña Ascensión Isasmendi Gorostiaga de Dávalos, heredera de las posesiones en los Valles Calchaquíes de su padre, el coronel

Nicolás Severo de Isasmendi y Echalar, último gobernador realista de la Intendencia de Salta del Tucumán, enterrado a su muerte en la iglesia San Pedro Nolasco de los Molinos, edificada en el siglo XVII y declarada Monumento Histórico Nacional en 1942.

Dávalos, hijo de un escritor, abogado y político: José Arturo León Dávalos Isasmendi y de Isabel Patrón Costas, no se sintió tironeado por el pasado que había subyugado su imaginación a partir de la lectura de añejos documentos familiares con caligrafías de otros siglos, infolios que a medida que descifraba iban despertando en su alma un particular vínculo con los ancestros. Si el conde Alfredo de Vigny poetizó con alguna soberbia intelectual frente a la tumba de sus mayores: “*Si escribo yo su historia descenderán de mí*”, Dávalos asumía el legado de los suyos con naturalidad, creatividad y algo de fatal intuición de una palingenesia: “*Don Toribio bigamo, yo sufrí tu destierro*”, dialogó en verso con su antepasado el coronel Toribio Dávalos Urquiri<sup>1</sup>. En tanto, vivía con bohemia su presente renovándose en los siete hijos que tuvo con María Celecia Elena –varios de ellos herederos de la vocación literaria y artística: Juan Carlos, Arturo, Jaime o el pintor Ramiro–, y prodigándose en charlas desveladas hasta que los amaneceres se insinuaran sobre la serranía con los amigos, los colegas en las letras y los discípulos.

En la inteligencia de ese tradicionalismo en nada anacrónico ni menos petulante y tilingo de ostentar blasones, debe entenderse la carta que en febrero de 1948 dirigió el poeta desde la ciudad extendida al pie del San Bernardo a su sobrino Carlos Gregorio Romero Sosa, residente en Buenos Aires y estudioso de la historia regional, los temas arqueológicos y la genealogía, a punto tal que en noviembre de ese año ingresaría en calidad de miembro correspondiente en Salta al Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas fundado ocho años atrás. Alguien de quien, a su muerte acaecida en 2001,

---

1 Con posterioridad a la aparición del presente trabajo, el escritor y biólogo Lorenzo Dávalos Tamayo dio a conocer la más completa y documentada noticia sobre nuestro común antepasado en el artículo: **Toribio Dávalos, héroe y aventurero**, dado a conocer en El Tribuno de Salta de fecha 18 de febrero de 2021.-

puntualizó Narciso Binayán Carmona en la revista del Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas que fue el alma inspiradora de la primera corporación especializada del país en la materia: el Instituto Argentino de Heráldica Genealogía e Iconografía de Salta, constituido en 1937. Lo cierto es que el autor de **La Venus de los barriales** le solicitó en esa correspondencia datos sobre las familias Dávalos e Isasmendi, para satisfacer la inquietud de su consuegro, el sanjuanino Guillermo Renato Aubone, un ingeniero agrónomo recibido en la Universidad de Montpellier de actuación como Director Nacional de Enseñanza Agrícola, miembro de la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria, vicepresidente del Banco de la Nación Argentina y que asimismo era afecto a los estudios genealógicos, según datos proporcionados por el estudioso Marcelo Aubone Iburguren. “*Creo que tú eres más competente que yo para satisfacer la lógica curiosidad del abuelo acerca de los antepasados de su nieto*”, explicaba el remitente a Romero Sosa.

Las vueltas de la vida resultan en ocasiones trágica y prematuramente encaminadas hacia la muerte. En ese sentido será de anotar que el nieto de referencia era Juan Carlos Dávalos Aubone, nacido pocos meses antes de fechada la carta, hijo de Juan Carlos Dávalos Celecia, un laureado escritor y traductor más conocido por su apodo y seudónimo “Baica”, de larga y definitiva radicación en Venezuela y de su primera esposa María Luisa Aubone Deheza. Con los años desarrolló un exquisito temperamento artístico con el que sin duda habría prolongado el apellido sumando nuevos lauros a la cultura del país. Lo asesinó en plena juventud un comando de la Triple A luego de ser secuestrado, junto a su amigo y pariente Roberto Yáñez Laspiur en la esquina de Austria y avenida Las Heras, el 20 de noviembre de 1974. La edición de La Prensa del viernes 22 de aquel mes y año informó lo mismo que otros medios gráficos sobre la identificación de los dos cadáveres acribillados y con signos de tortura hallados en Garín en las proximidades de la ruta Panamericana.

Cuando hacia finales de la primera década del siglo actual, el juzgado federal a cargo del doctor Norberto Oyarbide investigó el accionar del siniestro grupo parapolicial y de las presuntas responsabilidades de Isabel Perón en la represión ilegal desatada durante su gobierno por la ultraderecha, María Luisa Aubone Deheza, entonces de 84 años, fue tenida como querellante en la causa y en un reportaje recordó entrecortada por el llanto: *“Juan Carlos era buen mozo, inteligente, escribía poemas, dibujaba. Se fue a pie hasta Caracas y de ahí a Estados Unidos vendiendo dibujos. No tenía militancia. Se estaba por recibir de sociólogo cuando lo mataron.”*

\*\*\*

Veinteañeros ambos aunque unos pocos años mayor él que yo, nunca hablamos de genealogía como que por aquellos días turbulentos otros temas ocupaban, preocupaban y ponían en crisis la común visión socialcristiana de la economía y la política, puedo asegurarlo. Y también que el domingo previo a su muerte habíamos concurrido juntos a la misa vespertina en la Iglesia de San Agustín que celebraba el inolvidable párroco padre Remigio Paramio. A más de cuatro décadas de ello pienso en el triste final del nieto homónimo del poeta salteño y en el caprichoso entrecruzarse de los linajes con la tragedia.

*(\*) Se publicó en La Prensa, el 16 de abril de 2017.-*

## JOAQUÍN CASTELLANOS

### Poesía y política

El sábado 20 de mayo de 1967, en cumplimiento de lo dispuesto por la ley nacional 16.612 del 30 de octubre de 1964, se inauguró en la intersección de las Avenidas del Libertador y Casares —en los jardines de Palermo—, un busto del salteño Joaquín Castellanos, obra del escultor Santiago J. Chierico. Es de preguntarse hoy cuántos cultivadores del *running* han de pasar por allí, ajenos en su rutina de deportistas, a esa pieza de bronce que homenajea a quien en vida se destacó como poeta, historiador, orador, jurisconsulto, docente secundario y universitario, legislador nacional, que ocupó la cartera ministerial de Gobierno en el gabinete de Bernardo de Irigoyen en la Provincia de Buenos Aires y quien después alcanzó, por el voto popular, la gobernación de Salta entre los años 1919 y 1921; cuando se vio obligado a renunciar debido a la intransigencia de la oposición y de sectores de su propio partido contra su progresista gestión gubernativa de clara orientación social y de elevación de la mujer mediante la creación, por ejemplo, de la Escuela de Manualidades para la formación profesional, que hoy lleva su nombre.

Castellanos al que asimismo recuerda desde 1944 una calle porteña en el barrio de Villa Pueyrredón y otra situada en el partido de La Matanza, nació en Salta el 21 de abril 1861, proveniente de enraizadas familias, cuyos ancestros hay que rastrear hasta hallarlos instalados en esa provincia, poco después de la fundación de la ciudad del San Bernardo por el Licenciado Hernando de Lerma en 1582.

Hijo único de Silvio Castellanos Plazaola y de Eloisa Burela<sup>1</sup>, nieto del doctor Juan Antonio Castellanos Saravia, el médico que hizo esfuerzos denodados por salvar al General Martín Miguel de Güemes, pese a ser su enemigo político. Para el tiempo de su na-

<sup>1</sup> Diego Cornejo Castellanos: “**Joaquín Castellanos, el gran ausente de la historia de Salta**”, en Iruya, 8 de marzo de 1997.-

cimiento el territorio provincial debía de tener algo menos de los 88.933 habitantes registrados en el Primer Censo Nacional de 1869 realizado a iniciativa del presidente Sarmiento. Era entonces gobernador el Coronel Anselmo Rojo, quien renunciaría cinco meses más tarde. Se desempeñaba como Intendente Municipal José I. Castro y había sido consagrado Obispo Diocesano el franciscano Buena-ventura Rizo Patrón el 7 de abril de 1861, es decir pocos días antes de la llegada al mundo de Castellanos. Para situarlo entre sus coetáneos cabe mencionar que también fueron del mismo año el jurista y político puntano, Eleodoro Lobos, el marino porteño Juan Pablo Saéñz Valiente, el escultor del porteño barrio de La Boca Francisco Cafferatta, el poeta y pintor nativista Eduardo Gómez Langenheim o el político y abogado correntino Juan Balestra.

No obstante, en su caso, como bien lo señaló Santiago Sylvester en el ensayo **Castellanos entre dos épocas**, presente en su libro **La identidad como problema**<sup>2</sup>, más allá del dato cronológico, *“Lo que importa de esta fecha –la de su nacimiento– es que nuestro país estaba en pleno romanticismo, y que éste es el movimiento literario con el que Castellanos se formará y, para decirlo con un juego de palabras tal vez punible, casi se conformará a lo largo de su vida.”*

Ella resulta importante, sí, para delinear su biografía y no solo de tomar como puntos de análisis sus facetas de poeta capaz de imposter relámpagos de rebeldía en sus versos y de prosista igualmente impetuoso, dado a proponer en sus páginas por momentos de profundidad sociológica y filosófica, más que interpretaciones del mundo, vías de salida de sus miserias como lo había pretendido el mismísimo Carlos Marx más de media centuria antes. Sintetizó un socrático Castellanos: *“De las inclinaciones superiores, el amor a la justicia es la que encuentra mayores resistencias, y la que impone para satisfacerla, los más dolorosos sacrificios.”*

También es significativo el contexto de su época para advertir que su actuación en el campo de la política a la que tanta energía entregó, lleva esa marca romántica al estilo Leandro Alem, su ad-

---

2 EUDEM (Editorial Universitaria de Mar del Plata), Mar del Plata, 2012.-

mirado guía y amigo, en algo o en mucho tributaria del Byron de las causas independentistas perdidas o del Espronceda parlamentario por el Partido Progresista y enfrentado al absolutismo borbónico. Y porque, además, en grado romántico, por apasionado en la defensa de las mejores tradiciones de la argentinidad, actuó el Castellanos polemista, tan contundente como agudo.

### ASPECTOS DE SU POLÉMICA CON ORTEGA Y GASSET

De ello da cuenta su **Réplica a las observaciones, juicios y consejos del señor Ortega y Gasset sobre la vida argentina**, publicada inicialmente en 1917 en la revista *Nosotros* y luego ampliada y dada a conocer el mismo año en su libro **Acción y pensamiento**.

Retrucó allí *“la opinión del señor Ortega y Gasset que no podemos agradecer los argentinos; es la que emite sobre las argentinas, a las que después de rendirles los homenajes más galantes, les atribuye un estado moral de tristeza y descontento, por el cual las aplaude.”* Y fundó su réplica al entender que semejantes estados de ánimo representan *“casi un ultraje para los varones”*, que de ser así demostrarían incapacidad para brindar a las mujeres un ambiente a tono con sus sentimientos y sus virtudes.

En 1917 y en la patriarcal República Argentina donde décadas antes, Élide Paso, tuvo que recurrir a la justicia para poder ingresar a la Facultad de Medicina de Buenos Aires y Julieta Lanteri debió hacer otro tanto para que se le reconociera el derecho a sufragar en 1911, no deja de ser curioso y hasta anticipatorio que una figura pública como lo era Castellanos recogiera el guante orteguiano y meditara sobre la condición femenina en nuestra sociedad. Más allá de suponer que es *“ridículo el afán sufragista y con mucho de exagerado”*, contra el apotegma de una Alicia Moreau de Justo: *“Cuando las mujeres hallamos llegado a la conquista del sufragio, solo entonces será el momento de una acción política definida”*. Y que guardara bajo la alfombra la realidad al afirmar que aquí *“no hay problema feminista como en Europa y los Estados Unidos”* y sobre todo más allá que hu-

biera reaccionado a los dichos de Ortega partiendo de una defensa de los varones, al entenderlos como un ultraje a ellos.

Pero alejándolo de los esquemas mentales impuestos por la superestructura, su intuición, que la tuvo en alto grado en materia sociológica, le señaló reparar como modelo del género femenino, no solo al que rescataría entre las damas cultas de la oligarquía y la alta burguesía, sectores sin muestras de afanes emancipatorios ni aparentes frustraciones y en ese sentido “*distantes del cambio inevitable*” (aunque ya había explícitas excepciones a la regla y una de ellas era Victoria Ocampo), sino también al posible de encontrar en las clases humildes. Así, tanto a unas por comodidad en su posición privilegiada y a otras por falta de conciencia cuando no por miedo al desamparo, de llegar las transformaciones que ya se insinuaban en el Viejo Mundo, les anticipó la cuota de “*nostalgia insondable de un pasado que se hunde con los encantos del viejo hogar, cristiano harem unilateral en que su vida tenía limitaciones y clausuras.*”

Con sus más y sus menos, lo cierto es que pocos como Castellanos advirtieron en la segunda década del siglo XX que vendrían “*cambios inevitables*” en la condición femenina. En uno de los pensamientos aforísticos de la serie titulada **Conceptos** presente en las páginas finales de **Acción y pensamiento**, sosteniéndose dialécticamente como en otras ocasiones entre los antagonismos de creencias y dudas o de Amor y Odio, ante el riesgo que el feminismo deviniera en “hembrismo” discriminador de los varones, supuso que con el arma de la ternura de la que mejor que nadie están dotadas las mujeres, podrían modificarse las estructuras sociales y las relaciones de sometimiento: “*Aplaudo el feminismo en cuanto tiende a elevar el espíritu de la mujer, dotándolo de alas; lo repudio en cuanto propende a darle garras.*”<sup>3</sup>

Otra cosa que cuestionó al pensador madrileño fue cierta soberbia para darnos consejos: “*considerando a los pueblos americanos, pueblos menores de edad*”, diferenciándose en eso Castellanos de sus mentores del Ochenta, en general autoasumidos como europeos en el exilio.

---

3 **Conceptos**: XI, en **Acción y pensamiento**, página 416.-



Y uno de los puntos más interesantes de su **Réplica** es el que hace a su visión del idioma nacional, acercándose en su antiacademismo lingüístico a Juan María Gutiérrez y al mismo Sarmiento, al llamar a movilizar lo vivo del castellano mediante la aceptación en el diccionario de autoridades de los modismos americanos. Su evolucionismo tributario sin duda del positivismo en boga, daba en la tecla en ese aspecto contra la tendencia clásica y clasicista de fijar la lengua, en vez de impulsar y asumir como una realidad irreversible, necesaria y enriquecedora su natural desenvolvimiento. En sus palabras: *“Hay, pues, que dejar lo muerto, y movilizar lo vivo; hay que favorecer la transformación del idioma armonioso y solemne, en un instrumento verbal apto para el movimiento complicado de la existencia contemporánea.”* Y fue más allá en su obsesión por restaurar el sentido de los términos, tantas veces distorsionados por el uso y el mal uso y apuntó a la dominación subyacente en el idioma en consideraciones que hubieran aplaudido Derrida y Foucault: *“Existe la tiranía de las palabras. Ciertas palabras sin sentido han despotizado a la humanidad mucho más que los poderes visibles. Hay que revolucionarse en contra de esas palabras; necesitamos los San Martín y los Bolívar que nos liberen de los vocablos secularmente opresores<sup>4</sup>.”*

Su responsabilidad con los valores cívicos y patrióticos lo era sin tapujos ni ambigüedades. Ante ellos Castellanos se juramentó casi religiosamente, preanunciando la idea del compromiso reflexivo, más acto que palabra, es decir próximo a ese que entrado el siglo XX explicó y practicó Sartre.

*“Creo en la Madre Patria y en su Hijo el Pueblo Argentino”*, proclamó el salteño en 1921 en el texto de su **Credo Nacionalista**; y lo afirmó *“ganando la calle porque a la calle debía desbordar su patriotismo”*, en términos de Manuel J. Castilla<sup>5</sup>.

4 **Conceptos**: XXXV, en Op. Cit, página 420.-

5 Manuel J. Castilla: **Yo no conocí a Castellanos**, epílogo del libro titulado **El Borracho y el Temulento (Dos versiones del poema famoso)**. Prólogo de Roberto García Pinto. Fundación Michel Torino, Salta, 1979.-

Hombre de acción dado a luchar por sus principios no solamente con la pluma: “*Yo solo escribo lo que no puedo realizar: mis versos y mis prosas son el sobrante de mi acción*”<sup>6</sup>, fue herido en una pierna durante la Revolución de 1880 donde participó en las huestes de Carlos Tejedor y actuó después en las insurrecciones radicales de 1890 y de 1893. La comedia satírica en tres actos de Juan Carlos Dávalos y Guillermo Bianchi de 1928: **Águila renga**, subtitulada “Comedia política”, “*no logra ocultar que el protagonista es Joaquín Castellanos, primer gobernador radical de Salta, cuando es sometido a juicio político y el presidente Hipólito Yrigoyen decreta la intervención*”, en comentario Osvaldo Pelletieri en su **Historia del teatro argentino**.

Sufrió el destierro, la cárcel, la deslealtad de viejos correligionarios, la frustración política y hasta literaria como que en octubre de 1927 se lamentó en correspondencia a Arturo Capdevila de que, en el campo de las letras: “*yo no he hecho todo lo que pude hacer*”. Pero su carácter templado en la adversidad y su grandeza de espíritu pertrechado de fuerza moral, versión de la “megalopsyía” en tanto magnanimidad, identificada por Aristóteles en su **Ética a Nicómaco**, le impidieron actuar con resentimiento. Desde esa ética podría haberse ufanado con el fundador del Radicalismo y poeta romántico de su vieja devoción en desafiar las negruras de la ignominia como aquél en **Sombras**: “*¡Ah! si venís con el siniestro intento! De que incline mi frente en la batalla, / ¡Volved sombras impías al abismo, / porque es muy grande la virtud de mi alma.*”

Perspícaz conocedor del género humano supo comprender las defecciones de transitorios allegados en el picadero de carne de la política y soportó desengaños resguardado por la coraza de cierto escepticismo, lo que fue en él menos una actitud dandysta que una filosófica toma de distancia propiamente defensiva del mundo, para no caer en el fatal desánimo y el suicidio ante las intrigas y traiciones como otrora su admirado Leandro Alem.

En una carta enviada desde San Salvador de Jujuy donde había sido profesor en el Colegio Nacional, a su comprovinciano y amigo el jurista y hombre público Vicente Arias Romero el 10 de marzo de

---

6 **Conceptos**: I. En Op. Cit. página 415.-

1925, le expresaba: *“Mucho estimo y agradezco la amistosa manifestación de su deseo que llegue hasta Salta. Ello me estimula por una parte; pero por otra, anoto la actitud de los amigos que guardan silencio ante mi posible aproximación a esa porque seguramente temen que mi contacto los comprometa. Esto no me sorprende ni me decepciona, porque ya nadie tiene poder sobre mi para asombrarme ni para decepcionarme. Estoy curado ya de esas dos debilidades.”*

Mostró desprecio por la debilidad con alguna influencia de Nietzsche y probó en la acción sus fuerzas, en aras de llevar a buen puerto los ideales sin flaquear en los infortunios. Lo hizo errando incluso: como al apoyar en 1930 el golpe petrolero y fusilador que inauguró en el país las desapariciones forzosas, con el caso del albáñil español Joaquín Penina en Rosario. Y luego al seguir creyendo en la vocación legalista del general Uriburu al que le dirigió una Carta Abierta –además de otra privada– con entrecruzados reparos y consejos, firmada en Paraná en diciembre de 1931. No advirtió que aquel subteniente que peleó codo a codo con él en las jornadas del Parque, era a cuarenta años de los hechos del 90’, el militar germanófilo y corporativista “Von Pepe” que mal podía salvar las instituciones republicanas en la recomendación final de Castellanos presente en ese documento. Lejano quedaba el redactor de esa misiva pública del que años antes subrayó admirativo: *“Místicos son todos los pacifistas, los socialistas y más aún los anarquistas.”*<sup>7</sup> ¿Conocería la desaparición de Penina y el fusilamiento de Severino Di Giovanni en la Penitenciaría Nacional en el mismo año que dirigió la carta pública al dictador? Seguramente sí, pero ya en esas líneas no mencionaba a los seguidores del Príncipe Kropotkin, y al estimar “evolucionado” al conservador Partido Socialista Independiente, lejos quedaba la calidad de “místicos” para los socialistas más duros a los que veía próximos *“a la masa popular comunista, exótica en nuestro país, y peligrosa con más energía de lo que se cree.”*

---

7 **Conceptos:** XVII. En Op. Cit, página 417.-

## EL ESCRITOR

Escribió prosas y versos y de sus **Páginas evocativas**, libro publicado en 1981 por la Academia Argentina de Letras, entidad a la que perteneció desde su fundación en 1931, Bernardo González Arrili que actuó como su secretario cuando Castellanos ejerció la gobernación de Salta y en tanto su albacea intelectual se encargó de seleccionar el material allí incluido, en especial el de la revista Caras y Caretas donde inicialmente se dio a conocer, señaló en el prólogo ante lo fragmentario de su labor de publicista: “*echó a la hoguera tan estéril de la política absorbente lo mejor de su alto espíritu y lo mejor logrado de su cultivado talento.*”

No obstante el carácter misceláneo, hay en **Páginas evocativas** capítulos dignos del notable escritor que era y de lo que dan cuenta otros libros de su pluma como **Acción y pensamiento** u **Ojeadas literarias**. Al comentar la selección, Jorge Oscar Pickenhayn, resaltó en el diario La Prensa de fecha 23 de mayo de 1982, el agrado con que se leen, por ejemplo los que versan sobre la oratoria de Avellaneda, la personalidad de Mitre, el elogio a Olegario V. Andrade y a su poema **El nido de cóndores**, o el ensayo titulado **Los dos Hernández** donde habla de José y de Rafael. Y si del creador del Martín Fierro se trata, al que conoció en Salta en 1886, no puede pasarse por alto la gran admiración que le dispensó, anticipándose en la valoración del autor y el poema inmortal al propio Lugones de **El Payador**, libro de 1916 donde reunió sus conferencias del Teatro Odeón de Buenos Aires pronunciadas tres años antes, erigiendo como epopeya al Martín Fierro.

Castellanos planteó que la recién creada Facultad de Filosofía y Letras, donde dictó cursos de Historia Argentina y de Literatura Americana entre 1897 y 1909, incorporara en los programas el estudio del Martín Fierro, moción que en términos de González Arrili: “*mereció la sonrisa y la desatención de algunos colegas de cátedra.*”<sup>8</sup>

---

8 Bernardo González Arrili: **José Hernández**, artículo publicado en La Prensa el 10 de noviembre de 1984.-

Agnosticismo y escepticismo transitan a veces por su lírica interrelacionados; de lo primero dan cuenta sus requerimientos a una vaga divinidad a la que imputa el absurdo del universo sin negar su existencia: “¡*Todo es noche y dolor! ¡Ebrio, sin duda, / Cuando hizo el universo estaba Dios!*”. Y lo segundo fruto de recoger en su tardío romanticismo los ecos del “mal du siècle” que definió Sainte-Beuve. Pero es un escepticismo como recelo sobre el sentido final de todo, sin llegar en lo personal a la ataraxia de cuño estoico, porque jamás abolió su esencial vitalismo de hombre de acción llegando a sentirse par del agotado mas nunca vencido soldado de Maratón. En esa línea, el Castellanos poeta y “*poeta de transición*”, así caracterizado por Arturo Capdevila en los capítulos que le dedicó en **Tiempos y poetas**<sup>9</sup>, categoría con la que parcialmente concuerda Santiago Sylvester que considera su poética más un fruto que por madurar demasiado temprano por fatalidad cronológica, le tocó dar su plenitud anticipada y ajena en el estilo a los removidos climas estéticos de Darío, marcó su impronta hiperactiva en la reciedumbre de los versos de **El viaje eterno** de 1884, donde exaltó el libre pensamiento mostrándose jesucristiano y crítico de una Iglesia institucional que profanó con espadas: “*la palabra evangélica que vibró en el Sermón de la Montaña con la dulzura de una voz angélica*”. Y en los endecasílabos de **El Borracho**, dado a conocer en 1887.

Al ser reeditado en 1923, lo título **El Temulento** y le agregó una extensa dedicatoria a Leopoldo Lugones que años antes, en el Hotel París, mientras ambos celebraban un proyecto de ley de divorcio presentado en la Cámara de Diputados por Alfredo Palacios, le manifestó que había sido un lector del poema en su juventud. Pasado el tiempo y advertido Castellanos de la renovación poética que encabezó junto a Rubén Darío el autor de **Las montañas del oro**, asumió en esa dedicatoria que su propia voz lírica no fue precursora del modernismo ni mucho menos y de allí supuso que probablemente: “*su gusto por mi poesía sea un pecado de su mocedad, que su criterio maduro habrá rectificado*”. A lo que Lugones, en una carta que le dirigiera y publicó La Nación el 18 de septiembre de 1923, después de llamarlo “querido amigo” y “compañero de

9 Buenos Aires, 1944.-

armas”, de ratificar su postura antidemocrática y militarista anticipando el tono de su discurso de Ayacucho del año siguiente: “*reconózcame sin esfuerzo —y con justicia— impopular, no solo por la naturaleza de mis estudios inexorablemente aristocráticos*” y de elogiar a la Armada y el Ejército como “*las únicas instituciones completamente sanas y limpias que nos van quedando*”, le subrayó en los renglones finales: “*Déjeme, ahora, revivir en mi intimidad aquellas buenas y nobles horas románticas que usted cree erróneamente abolidas, considerándolas pecados de mi mocedad. Nunca me arrepentí de haber pecado en belleza. El tiempo que perdí contemplando nubes, soñando quimeras, padeciendo amores, recitando “El borracho”, haraganeado por tantos rosales, no sin espinas, ay de mí, como un abejorro pendenciero y zumbón, volvería a perderlo sin remordimiento.*”

Originariamente el poema **El Borracho** surgió al enterarse de la trágica autodestrucción por el alcohol del poeta de origen uruguayo Matías Behety; y si bien como lo ha explicado su hijo Federico Castellanos<sup>10</sup> en una correspondencia a Juan B. Terán fechada en Salta el 15 de febrero de 1933, su padre: “*era extraordinariamente frugal en el sueño y en la merienda. No bebía más que agua. Tenía del vino el concepto que era un artículo de lujo y su uso permanente una costumbre dañosa para la moral y la salud*”, había celebrado anacreóntico, en especial en las estrofas de **La sonrisa de Dionisio** incorporadas al final de **El Temulento**: “*¡Cantemos al licor que en la planicie/ De la existencia opaca y aburrida/ Hace ondear la uniforme superficie/ Con un hervor de vida!*”.

Era el mismo creador que en la edición de 1887 rimó dionisiaco, como si pusiera palabras a una danza de las Bacantes: “*¡Corra el deleite para mí a raudales;/ Más que la tempestad temo la calma;/ Tormentas de placer sacudan mi alma/ Que harto conoce ya la del pesar! Dadme el ardor de las pasiones locas;/ Dadme un edén de tropicales flores;/ Quiero aturdirme en frenesí de amores/ Y en un salvaje vértigo gozar!*”.

Hay en el anterior fragmento y en buena parte del resto de su producción algo de la “*atracción del abismo*” del primer Salvador Rueda,

---

10 La carta de Federico Castellanos a Juan B. Terán, ha sido transcripta al comienzo del libro **El Borracho y siete poemas inéditos**, Salta, 1973.-

bastante de Almafuerter en su profetismo y misticismo laico y más de Olegario V. Andrade en su exuberancia y énfasis victorhuguesco.

Empero en la actualidad poco debe sonar su nombre, tan popular en los tiempos de la publicación de **El Borracho**. Incluso estudiantes de letras desconocen casi todo de Castellanos y quizá algo más reconozcan su trayectoria pública los de ciencias políticas o historia, dando razón a su confesión a Capdevila: “*yo no he hecho todo lo que pude hacer*”, en el campo literario.

Como a tantas otras expresiones fundamentales de nuestras letras, desde Lugones a Larreta, Castellanos está ausente de la **Historia de la Literatura Argentina** de Ricardo Rojas, que no quiso incorporar en la obra a escritores vivos para el tiempo de la publicación. Quedan allí por lo tanto grandes vacíos, a llenar con sus itinerarios, en caso de proseguir con el método crítico propuesto por Rojas para su análisis y clasificación, algo así como lo que sucede con los nuevos elementos químicos que se van incorporando a la tabla de Dmitri Mendeléyev. Aunque si en Ricardo Rojas la omisión fue intencional, resulta más difícil de entenderla en la **Historia de la Literatura Hispanoamericana**<sup>11</sup> de Enrique Anderson Imbert y antes, en 1941 en la **Antología Poética Argentina** de Jorge Luis Borges, Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares.

Aunque como en materia de olvido nada lo es de manera definitiva, al presente otros escritores lo siguen mencionando en sus trabajos, como larga y admirativamente el poeta santiagueño Alfonso Nassif en el prólogo de su obra: **Almafuerter, maestro de virtud y poesía**.<sup>12</sup>

### GOBIERNO CIVIL E IGLESIA: LA CUESTIÓN DEL PATRONATO EN LA SALTA DE 1919

En tanto su impronta de hacedor lo convierte en epígono de la Generación del Ochenta, cronológicamente cabe situarlo en la del Centenario, es decir la de los nacidos de 1858 a 1872 en la caracte-

11 Breviarios del Fondo de Cultura Económica, México, 1961.-

12 Fundación Argentina Para la Poesía, Buenos Aires, 2021.-

rización que hace Jaime Perriau en su libro **Las generaciones argentinas**; siendo la de Castellanos la que “*reinará en la sesquidécada 1910-1925*”, seguirá diciendo Perriau, y que en buena ley recogió la antorcha de aquella otra fundacional del Ochenta.

Liberal bien que devoto del mensaje de amor de Jesús en las estrofas de su **Oración amistosa**, no disimuló su admiración “*por el libro audaz de los Proverbios/ y Job con sus apóstrofes soberbios*” y fue respetuoso de todos los credos religiosos, en su profunda valoración del “instinto religioso”, mucho más que la muestra de un espíritu tolerante: “*La aptitud filosófica, el genio poético, el genio artístico y el científico de orden superior, son desenvolvimientos del instinto religioso.*”<sup>13</sup>

Justamente resulta prueba de su consideración por la intimidad religiosa de sus semejantes y sobre todo por la feligresía del culto católico, el testimonio de Joaquín Castellanos presente en el texto de un extenso telegrama fechado el 4 de enero de 1919 y remitido al entonces sexto obispo de la diócesis salteña, Monseñor José Gregorio Romero y Juárez Babiano (1862-1919)<sup>14</sup>. El motivo de esa comunicación fue agradecer al prelado la felicitación que le cursara al tomar conocimiento que la convención electoral lo había proclamado candidato a gobernador de su provincia. El documento fue por primera vez dado a conocer en 1988 por Carlos Gregorio Romero Sosa, en el número 13 del Boletín del Instituto Güemesiano de Salta.

Allí el demócrata y republicano cabal que era Castellanos, sin renunciar a sus convicciones de hecho laicas aunque bien que orientadas a un armónico y por cierto diferente marco de acción entre las potestades eclesiales y las del Estado, dejó en claro “*su intención de presidir una administración en que los hombres no seamos más que el órgano del Gobierno de las Leyes.* A renglón seguido –y debe tenerse en cuenta que regía en el país con rango constitucional el patronato, hasta firmarse el Concordato con la Santa Sede en 1966 y que los mandatarios provinciales ejercían el vicepatronato– le informó al destinatario su disposición de no enturbiar los vínculos locales entre

13 **Conceptos:** CII. En Op. Cit., página 434.-

14 Carlos María Romero Sosa: **Castellanos y la cuestión religiosa**, en La Prensa, 20 de febrero de 2022.-



el Estado y la Iglesia: *“En respecto de las (leyes) que rigen las relaciones entre el Estado y la Iglesia, seré un observador estricto de los deberes que impone la Constitución a los gobernadores de provincia en el ejercicio del Vice Patronato, y en mi carácter de funcionario público encargado de aplicar y hacer aplicar las leyes, no he de permitir en cuanto dependa del P.E. que se perturbe la misión social y moral de las autoridades eclesiásticas representando el sentimiento religioso de la mayoría de nuestra población ejercitan dentro de su esfera de acción legítima.*

Es evidente que la manifestación nada ambigua vertida a Monseñor Romero, antes de las consideradas frases finales de despedida, en el sentido que iba a respetar en su gestión el ejercicio de las actividades eclesiásticas *“dentro de su esfera de acción legítima”*, bien podría haber sido leída como una velada advertencia de que se abstuviera de invadir la Iglesia local otras esferas que las puramente espirituales y de orden caritativo en las que se hallaba empeñada. Y ello fresca en la memoria aún las airadas respuestas de grupos católicos contra la aplicación de la ley 1420 de enseñanza común, gratuita y obligatoria promulgada por el presidente Roca o la pastoral difundida en 1884 por el Vicario Capitular de Córdoba, Monseñor Jerónimo Clara prohibiendo a los católicos enviar a sus hijos a la Escuela Normal de la ciudad del Suquía, regentada por maestras protestantes norteamericanas. O, en fecha más próxima al telegrama comentado, la pastoral del obispo de Córdoba Monseñor Zenón Bustos y Ferreyra contra la Reforma Universitaria de 1918.

No fue recibido así el mensaje por el Obispo de Salta, un difusor en la comunidad de la Doctrina Social de la Iglesia iniciada por León XIII y una figura a la que tanto Monseñor Miguel de Andrea, como más tarde Leonardo Castellani admiraron. Al cumplirse el cincuentenario de su muerte, una placa conmemorativa descubierta en la puerta de la Catedral salteña —donde sus restos descansan en el Panteón de las Glorias del Norte inaugurado a iniciativa suya en 1918 por decreto del entonces Interventor Federal Manuel Carlés—, destacó que *“su apostolado cultivó la fe, la caridad, la solidaridad y el respeto mutuo de todas las clases sociales.”*

Sacerdote respetuoso de los poderes públicos, como que incluso antes de su elevación episcopal había presidido el senado local y hasta ejercido interinamente la gobernación de la provincia, fue manifiesta su devoción por Fray Mamerto Esquiú, el Orador de la Constitución. Además de haber forjado su espíritu en la adolescencia y juventud, las enseñanzas de vida en el Orden Sagrado y en la actuación pública recibidas de un próximo pariente suyo, otro religioso que en una oración patriótica exaltó la jura de la Constitución Nacional, esta vez desde el púlpito de la Catedral de Salta de la que era arcediano el 19 de julio de 1853: el tucumano Canónigo Pascual Arze y Zelarayán (1815-1885), un confidente de Urquiza y amigo de Mitre que en su rol de misionero fundó el pueblo Piquete Cabado en el departamento salteño de Anta.

Con semejantes antecedentes, Monseñor Romero y Juárez Babiano, tenía muy en claro las atribuciones concedidas a las autoridades civiles de la Nación por nuestra Carta Magna, fruto de la histórica Convención Constituyente en la que participaron varios notorios hombres de la Iglesia. Y nada hace suponer que de haber vivido hubiera tenido choques en el ejercicio de su ministerio pastoral con el gobierno de Joaquín Castellanos, que de hecho mantuvo una correcta relación institucional con quien lo sucedió como administrador de la diócesis hasta ser consagrado Obispo de Salta en 1923 por el Papa Pío XI: Monseñor Julio Campero y Aráoz. Y fue ese retardo otro de los puntos que le cuestionó al presidente Yrigoyen en una durísima y poco conocida Carta Abierta que le dirigió en su calidad de gobernador en 1921: *“Ni en materia religiosa ha guardado el gobierno de Ud. los respetos debidos a esta Provincia. Hace dos años a que está vacante el Obispado de Salta; va más de un año a que el H. Senado elevó al P.E. Nacional la terna para que éste verificara el nombramiento. No se hizo. Mi gobierno reclamó por el retardo; no fue atendido. No se contestó siquiera la nota pertinente.”*

Joaquín Castellanos murió en Tigre (Provincia de Buenos Aires) el 28 de septiembre de 1932.

## UN POEMA DE MONSEÑOR CAMPERO Y ARÁOZ AL SEÑOR DEL MILAGRO

En nuestro país tan lejano de los frentes de la Segunda Guerra Mundial, para 1942 se escuchaban por radio y se seguían en los periódicos las noticias bélicas. Mientras tanto ocurrieron en el transcurso de sus doce meses sucesos paradójales a reconocerse como tales viéndolos en perspectiva. Así más o menos al tiempo que en la ciudad de Buenos Aires se llevó a cabo el primer ejercicio de oscurecimiento de defensa antiaérea, un libro con mensaje luminoso se editaba en Salta y es de inferir que no fue exhibido en las vidrieras de las librerías porteñas, como que tradicionalmente las expresiones culturales del interior son de difícil recepción en la Capital de la República. Pero la **Antología del Milagro**, con ilustraciones de Alejandro Ache, un dibujante natural del Líbano radicado finalmente en Salta, editado en gran formato por la Librería San Martín de esta provincia hizo su camino entre los lectores y hoy sus ejemplares son una curiosa pieza bibliográfica. Uno de ellos nos fue obsequiado hace más de una década por el historiador Gregorio Caro Figueroa.

La obra se inicia con unas palabras introductorias de quien fuera designado por el Papa Pío XI como primer Arzobispo de la Diócesis, el salesiano nacido en Concordia (Entre Ríos) Monseñor Roberto José Tavella, el mismo que actuando como “Obispo Benévolo” conforme indica el Código de Derecho Canónico, acogió a Leonardo Castellani luego de sus problemas con el Superior General de la Compañía de Jesús sumados a las acusaciones que se le hicieron de milenarista, nombrándolo profesor en el Instituto de Humanidades que había fundado en 1948.

Luce a continuación un prólogo del humanista y poeta doctor Juan Carlos García Santillán, en el que destaca que las páginas que le siguen rebosantes de fe religiosa, constituyen un tributo lírico a las

fiestas jubilares llevadas a cabo en el 350 aniversario de la llegada a la ciudad fundada por Hernando de Lerma de la milagrosa figura del Cristo del Milagro, en 1592.

*“Rezar como un niño. ¿Habrá mayor y más pura poesía? Pues eso son los poemas del Milagro: plegarias de niños o de hombres que se vuelven más hombres al recobrar su inocencia y volver a ser buenos como niños: tal la vida como un viaje redondo”*, escribió García Santillán seducido por la simpleza franciscana de algunas composiciones y al advertir en todas las elegidas las señales de fe capaces de elevarse a las alturas de la veneración sacra, desde la actitud inclinada y arrodillada para la plegaria.

La **Antología** poética propiamente dicha comienza con el **Himno al Señor del Milagro** de la escritora Emma Solá de Solá, ganador del concurso promovido por Monseñor Tavella ese año de 1942 para seleccionar la letra de un canto alusivo a las advocaciones jesucristiana y mariana tan reverenciadas por el pueblo salteño en su Santuario Catedralicio. A su vez la música del himno fue compuesta por el sacerdote lateranense Fernando de Urquía, organista de la Iglesia Catedral, elevada al rango de Basílica por el Papa Pío XII y declarada Monumento Histórico Nacional en 1941.

Luego respetando un orden cronológico, siguen las octavas de la composición del presbítero Juan Francisco Javier, titulada **Doce estrellas del cielo de María**, poesía que figura en la Novena del Señor y la Virgen del Milagro y pese a que su autor había nacido en 1722, continuaba siendo cantada por los devotos en los cultos a las Sagradas Imágenes más de dos siglos después. Y asimismo rescatándolo de la época virreinal se trajo a continuación el extenso romance en endecasílabos con el relato de la historia de las Imágenes, de autoría del presbítero y licenciado limeño Juan Manuel Fernández Agüero, quizá el mismo o un homónimo de Fernández de Agüero y Echave, que empleó el seudónimo Doctor Perinola y fue satirizado por nuestro Manuel José de Albarden en una curiosa y estudiada polémica colonial.

Después pueden leerse poemas de autores locales que van desde la intitulada **Poesía Religiosa** que fechó en 1850 el diplomático y legislador José M. Zuviría, un hijo de Facundo de Zuviría —el jurista que presidió el Congreso que sancionó la Constitución Nacional en 1853—, a los de otros creadores y creadoras ya del siglo XX, como Sara Solá de Castellanos, Emma Solá de Solá con alguna muestra de proyección folclórica mediante la incorporación de modismos y términos telúricos del noroeste argentino, María Torres Frías, Juan Carlos Dávalos, Calixto Linares Fowlis, Clara Linares Saravia de Arias, Julio César Luzzatto, Elena Avellaneda de González de Ayala, Julio Díaz Villalba, Juan Carlos García Santillán, Carlos Gregorio Romero Sosa, Hilda Emilia Postiglione, Elsa Castellanos Solá, Nellie Zavaleta Mollinedo y Lidia F. Cornejo de Ache. A esa lista hay que sumar las obras incluidas en la Antología del cordobés Ataliva Herrera, de la porteña Sara Montes de Oca de Cárdenas, del salesiano rionegrino Raúl Entraigas o de los sacerdotes españoles Teodoro Palacios, Félix Cruz Ugalde y el Prebendado de la Iglesia Catedral salteña y Cura Rector de la histórica Parroquia de San Juan Bautista de la Merced, Saturio Irurozqui, un religioso natural de Navarra y nacionalizado argentino, autor del devocionario **Voz de amor**.

Bien que según lo admitió el prologuista: “*no están aquí todos los versos del Milagro*”, como que ninguna antología por el hecho de serlo pretende ser exhaustiva y en este caso la intención fue transmitir una compilación más ejemplificativa que completa de los poemas al Milagro. Sin embargo, no deja de ser curioso que falten allí dos composiciones en verso que suscribieron los sucesivos obispos diocesanos de Salta: tanto la **Plegaria al Señor del Milagro**, de Monseñor José Gregorio Romero y Juárez —o Juárez Babiano— (1862-1919), pastor mencionado incluso en el prólogo por García Santillán, cuanto la **Despedida del Señor del Milagro** de Monseñor Julio Campero y Aráoz (1873-1938). Aunque no cabe duda que fueron esas ausencias ex profeso, tal vez para no tener que darles un lugar de preferencia por sobre el resto, en razón de la jerarquía eclesiástica de ambos autores.

La Plegaria del Obispo Romero y Juárez, vinculado epistolariamente con los españoles Salvador Rueda y Juan Vázquez de Mella, reza: *“Señor Jesucristo. Señor del Milagro./ Señor que acaricias la vida del agro/ con tu Cruz de Vida, con tu Cruz de Amor,/ pon en los senderos de todos tus hijos,/ la fe de los santos la fe de los hijos/ dalgos que vinieron de la España en flor./ Pon tu dulce beso en las resignadas/ almas que soporatan las rudas espadas/ de las privaciones, el llanto, el dolor,/ en el alma pura de nuestras doncellas,/ en las cimas blancas, en cielos y estrellas/ del Valle de Lerma tu solar de amor./ Y en tus sacerdotes y en tus peregrinos./ Y en tus fieles hijos y en los que en caminos/ distintos se apartan de tu Cruz de Amor,/ para que recobren la vista perdida/ y tu Sangre Santa los torne a la vida/ del aprisco eterno del que eres Pastor.”*

Su texto que fue fechado el 15 de septiembre de 1900, recibió el elogio de Ramón del Valle Inclán. Es de corte rubendariano advirtiéndose en sus musicales dodecasílabos un claro hispanismo; notorio al referirse *“a la fe de los santos, la fe de los hijos/ dalgos que vinieron de la España en flor”*, encabalgando con licencia modernista el término fijosdalgos y apelando al arcaísmo “fijos” por hijos.

### UNA DOLIENTE DESPEDIDA DEL SEÑOR DEL MILAGRO

En cuanto a la **Despedida** de Monseñor Campero, de 1934, es mucho más subjetiva, intimista y carece de mayores artificios técnicos. Varias de sus estrofas escandidas en alternados y rítmicos metros largos y cortos denotan tristeza y hasta cierto abatimiento humano y no se ocultan los sentimientos inspiradores detrás de imágenes visuales o sonoras que le dan brillo. La lectura de la **Despedida**, más allá del placer estético que despierta remite inevitablemente al contexto en que surgió. Porque lo fue en forma casi inmediata a la renuncia a la titularidad de la diócesis —el 23 de junio de 1934— a la que había sido preconizado en 1923. Se comentó que fue debido a ciertas desinteligencias entre el jujeño de nacimiento afincado en Salta y descendiente directo del Marqués de Yavi o del Valle del Tojo: el héroe de la Independencia Juan José Fernández Campero y Pérez

de Uriondo, con el entonces Nuncio Apostólico de S.S, Monseñor Filippo Cortesi.

El diario La Prensa, en la nota necrológica que le dedicó a Monseñor Campero el 19 de febrero de 1938, al tomar conocimiento de su inesperada muerte accidental –mientras se bañaba en el río Castellanos en las cercanías de su casa de campo de La Choza, a pocos kilómetros de la capital de la provincia–, deceso acaecido un día antes y por esas casualidades, en la misma fecha en que puso fin a su existencia su amigo Leopoldo Lugones, elogió entre otras cualidades suyas el trato exquisito que dispensaba a todos. Sus biógrafos concuerdan en sus hábitos de vida contemplativa y retirada, habiéndose recluido incluso en la juventud en la Cartuja de Miraflores en Burgos, monasterio que debió abandonar por deteriorarse su salud en la observancia del rigor de la orden de San Bruno. Mi padre lo retrató así en el primer cuarteto del soneto **El Señor de la Montaña** que le dedicó a poco de su tránsito a la eternidad y luego recogió en su libro **El cantar del crepúsculo** de 1941: *“Era, en su vida diaria, solitario y esquivo/ por mejor contemplar las gaviotas lejanas/ y contar en las noches las estrellas serranas/ al brillar bajo el manto de un azul decisivo.”*

Por lo demás denota su espíritu culto y la vocación literaria que lo impulsó siempre, su novela **Filomena, martirio de una joven cristiana**, publicada en 1906 y suerte de narración hagiográfica condimentada con elementos de imaginación, en la línea de **Fabiola o la Iglesia de las Catacumbas** del Cardenal Wiseman. Ya su formación clásica y el dominio del latín lo habían hecho merecedor, en vísperas de ordenarse sacerdote el 21 de junio de 1896, de manos de Monseñor Pablo Padilla y Bárcena, a una medalla de oro obtenida por sus traducciones de Horacio, como da cuenta el **Diccionario Histórico Argentino** al reseñar sus datos en el segundo tomo. Pero como Monseñor Campero se entregó a tiempo completo al orden sagrado y después a la labor pastoral, publicó poco más y apenas en 1933 en el número primero de la revista Joaquín Castellanos aparecieron sus **Décimas glosando el Adiós de Joaquín Castellanos como homenaje al eximio poeta**, algo que habla de su apertura y

respeto por las ideas ajenas, toda vez que su elogiado no era precisamente un hombre confesionalmente religioso, de lo que hizo gala en su poema **El Borracho**.

No obstante posponer las letras por el sacerdocio llegando a rechazar hacia 1932 un sillón en la recién creada Academia Argentina de Letras al que lo propuso Calixto Oyuela, apeló a ellas como a una tabla de salvación para orar en verso en aquella conmovedora Despedida del Señor del Milagro, a la que el periódico El Pueblo, de la ciudad de Buenos Aires, consideró una “*joya literaria*” y un “*desahogo de su piadoso corazón*”. Parte de ese extenso poema, dado a conocer en forma póstuma en un opúsculo en 1939, fue recogido por Walter Adet en la antología **Cuatro siglos de literatura salteña** en 1981.

Vale la pena transcribir algunas de sus estrofas en las que el alma angustiada del prelado renunciante, sabedor con San Agustín que “*episcopatus nomen est oneris, non honoris*”, aparece al cabo reconfortada por la Gracia. Por ejemplo, como cuando en una suerte de paráfrasis de Mateo 14: 29-33, frente a las ráfagas hostiles del vendaval del mundo, parece clamar con Pedro: “*¡Señor, sálvame!*”, en los hemistiquios finales de la composición: “*En puerto oscuro, sin timón ni faro, / lejos del mundo, lejos de tu amparo, / tengo miedo de mí.*”

En otros segmentos, a primera vista menos testimoniales, relata las vicisitudes de las Imágenes llegadas al peruano puerto del Callao nadando sobre las aguas del Océano Pacífico. Sin embargo, está sugiriendo allí una metafórica identificación entre el destino en naufragio de las sagradas representaciones y el espíritu suyo abandonado a la voluntad Divina: “*Recuerda que, en Callao, tarde serena, / arribaste tranquilo sobre el mar. / ¿Era ilusión, fantasma? No. Sobre la arena / te posabas dormido / en tu cruz de madera, / y en la leyenda clara, bien precisa, / que tu testa guiadora diviniza, / en caracteres que el amor exalta, / los paseantes del puerto / asombrados leyeron: / “Esta Imagen de Cristo es para Salta.”*”

Y algo más a destacar: el diocesano con la decisión tomada en esos momentos de dejar de serlo y que pronto sería designado obispo emérito de Sophrene –dignidad que hasta fines del siglo XIX se



conocía como “In Partibus Infidelium”—, no olvidó rogar a Dios por los corderos a su cuidado espiritual durante su magisterio episcopal salteño: *“Señor, no pises solo el lagar de las penas,/ compártelas y endulza las tristezas ajenas,/ y en el camino estrecho y en las sendas escuetas/ derrama a manos llenas, oh mi Jesús piadoso/ derrama a manos llenas perfume de violetas./ Y si el dolor abarca/ no al hombre sino a toda la familia de tu Arca/ que Salta siempre viva/ a tu sombra divina/ y que su alma reciba/ la verdad que a los cielos encamina./ Como las almas buenas que hubo en Jerusalén,/ dejando nuestras casas/ por valles y por plazas/ buscando ansiosos vamos a nuestro amado bien.”*

Las virtudes teologales de la Fe, la Esperanza y la Caridad alimentan en bien, belleza y verdad la **Despedida al Señor del Milagro**. De igual manera que sus dones sobrenaturales nutrieron la existencia del autor merced a ellos victorioso, al cabo, por sobre las tribulaciones, las dificultades y los desengaños humanos.



## JULIO CÉSAR RANEA Y SU POESÍA DE AFIRMACIÓN Y ELEVACIÓN (\*)

El 12 de mayo de este 2021 se cumplió el cincuentenario del fallecimiento en la ciudad de Buenos Aires de Julio Cesar Ranea, jurista, magistrado integrante durante años de la Corte de Justicia de la Provincia de Salta y un escritor y poeta de delicada y reconocida trayectoria lírica. Era hijo de Francisco José Ranea, ferviente católico –presidente de la Acción Católica de Salta y condecorado por el gobierno de Bolivia debido a su participación en los primeros Congresos Eucarísticos reunidos en el País del Altiplano– y de María Cardona Ramón, natural de Ibiza y descendiente de antiguas familias cristianas catalanas, que actuaron en la reconquista de las Islas Baleares por la corona de Aragón.

El nombrado Francisco José Ranea, genearca de la estirpe en el país, llegó a Salta proveniente de la población portorriqueña de Ponce a orillas del Mar Caribe, de la que era oriundo. Sin embargo los estridentes soles de la tierra Borinquen que Colón descubrió en su segundo viaje y que acaso despuntaban en la sangre de su hijo Julio Cesar, éste no los transmitió a su poesía que gustó escandir en las formas clásicas de trabajados sonetos y romances; una poesía más bien melancólica, recatada en su intimismo, afirmativa de valores hasta elevarlos al plano de la devoción por lo perfectamente bello y bueno, según la definición aristotélica del término *kalokagathía*.

Julio Cesar Ranea había nacido en la ciudad de Salta un 23 de agosto de 1911, cuando gobernaba la provincia Avelino Figueroa, ocupaba el cargo de Intendente Municipal Agustín Usandivaras y era obispo diocesano monseñor Matías Linares y Zanzetenea. A poco transitaban por las calles los primeros tranvías eléctricos explotados por la Sociedad Anónima Luz y Tranvías del Norte poniendo algo de celeridad a la parsimonia provinciana. La “gente decente” solía

leer el periódico de tendencia conservadora La Provincia, fundado en 1906 por Policarpo Romero y Enrique Sylvester y también desde su creación en 1909, el diario del mismo signo político Nueva Época de Agustín Usandivaras. Faltaban aún tres años para que en 1914, Juan Carlos Dávalos diera a conocer su primer libro de versos: **De mi vida y de mi tierra**, prologado por Carlos Iburguren.

Se desarrolló su infancia y adolescencia en ese ambiente lugareño, cerrado en su moralina y con algunas muestras de progreso urbano, sin desmentir las tradiciones incluso en materia edilicia que conservaba el estilo colonial y de los primeros tiempos patrios. Graduado como bachiller en la promoción de 1928 en el histórico Colegio Nacional Dr. Manuel Antonio de Castro, fundado por Mitre en 1864 y sito entonces en el edificio de la calle 20 de Febrero y Caseros; durante sus años de estudiante el establecimiento educativo estaba bajo la dirección del doctor Moisés J. Oliva y entre los docentes que moldearon su espíritu se contaron Juan Carlos Dávalos, profesor de Ciencias Naturales, el ingeniero Víctor Zambrano que dictaba Física, el profesor Policarpo Romero, Geografía e Historia el abogado, historiador y sociólogo positivista Alberto Alvarez Tamayo.

En 1938 obtuvo su diploma de abogado en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Ya de regreso a su provincia, actuó en el foro local y en 1940 fue designado Procurador Fiscal ante el Juzgado Federal de Sección desempeñándose allí hasta ocupar desde 1944 el cargo de Ministro de la Corte de Justicia de Salta donde permaneció hasta 1955, cuando se radicó en Mar del Plata. Fundó en esa ciudad el Centro de Residentes Salteños local y presidió la Sociedad de Escritores de la Provincia de Buenos Aires.

En forma paralela al ejercicio de la magistratura y después de la profesión libre, Ranea fue desarrollando su obra literaria y así, en 1954 dio a conocer el poemario **Dibujos animados y una laguna disparatada**. Poco después, en 1961, apareció el cuadernillo con ocho composiciones intitulado **El corazón del agua**; en 1965 publicó **El poema de la voz** con prólogo de Tomás Diego Bernard, libro ganador al año siguiente de la Faja de Honor de la SADE de

la Provincia de Buenos Aires; en 1967 salió de la imprenta **Palabras para mi silencio** y en 1969, **Mensaje de bandera**.

Consignó La Prensa en la edición correspondiente al 27 de noviembre de 1966 sobre **El poema de la voz**: “*Situarnos frente a la vigorosa personalidad de Julio César Ranea nos crea un compromiso de autenticidad con uno de los más notables líricos del momento. Su poesía es una suma de integración entre el hombre con sus facultades creadoras y el arte como la sublimidad de la expresión. Su canto, vertebrado por las más altas finalidades del espíritu, nos lleva por un sendero de alta realización poemática.*” El libro de alto vuelo metafísico trascendió las fronteras del país y el diario ABC de Madrid elogió el 23 de abril de 1966, esa suerte de viaje iniciático al origen de lo creado y el hecho de recorrer “*líricamente las voces del mundo –las del viento, las de la lluvia, las del hombre en sus múltiples facetas– hasta llegar a la voz final, la del silencio de Dios ante las voces sin sentido de sus hijos, ante nuestro silencio vital de cobardía.*”

En tanto que **Palabras para mi silencio** mereció también en La Prensa, esta vez del 2 de junio de 1968, un extenso comentario crítico del que extraemos los siguientes conceptos: “*En los sonetos, de variado tema, y en los endecasílabos espontáneamente asonantados, encuentra Ranea su modo más auténtico de expresarse. Los primeros revelan un conocimiento profundo del estilo y del lenguaje que corresponde a esa forma clásica.*”

## HUMANISMO CRISTIANO

Con lo impreciso que resulta todo encasillamiento, podría situárselo entre los de mayor edad entre los poetas de la Generación del 40 al advertir la orientación neorromántica así como la inspiración que trasuntan sus versos de un humanismo no detenido en el hombre sino empujado desde su condición terrenal y de quevediano “*polvo enamorado*”, a la Divinidad: “*el agua enmudecida de la fuente/ y la tregua discreta de la diana/ esperarán parábola sapiente./ Y el labriego del surco, confortado,/ volverá a la voz de la campana/ y al Milagro del*

*pan multiplicado*". Un ideal de elevación más patente todavía en los esperanzados endecasílabos de **Canto de la alborada nueva**, que presagian un despertar de las conciencias al ritmo cósmico de los ciclos de la Creación: "*Alguna vez estallará el incendio:/ el horizonte como leña seca/ será un racimo de gladiolos rojos/ en llamaradas de alborada nueva*".

Frecuentó las formas clásicas lejos del vanguardismo de los anteriores maestros martinfierristas, así como de los muchachos revolucionarios, en lo social, del grupo El Pan Duro con Juan Gelman a la cabeza o de los sesentistas ávidos lectores de otras literaturas y reunidos en las páginas disruptivas de la revista Poesía Buenos Aires que dirigía Raúl Gustavo Aguirre y que en el número 13-14, recuerda Daniel Freindemberg, anunciaba la "*abierta rebelión contra los supuestos formales de la poesía (y) las convenciones literarias*".

Esa búsqueda de la perfección formal contra los aires iconoclastas lo acerca a Ranea a varios también de sus coetáneos del 40, que sin desechar el verso libre y blanco da a suponer que identificaban en la severidad métrica algo así como una piedra basal desde la que reconstruir el "mundo roto" como dijera Gabriel Marcel. "*Nosotros somos graves porque nacimos a la literatura bajo el signo de un mundo en que nadie podía reír*", había escrito León Benarós en 1951 en el primer número de la revista "El 40".

Incluso la catolicidad inspiradora de varios de sus sonetos y romances coincide asimismo con la condición religiosa exhibida por figuras claves de esa Generación, como el catamarqueño Juan Oscar Ponferrada (1907), el tandilense Vicente Trípoli (1912) o el mercedino Tulio Carella (1912) y por los más jóvenes José María Castiñeira de Dios (1920) y el ex seminarista Fermín Chávez (1924), discípulo del Padre Guillermo Furlong y amigo y colaborador del Padre Leonardo Castellani en la antología **Las cien mejores poesías (líricas) argentinas**.<sup>1</sup>

---

1 Huemul, 1971.-

Ranea cantó a los amores esenciales. A Dios en sus criaturas, a la tierra carnal y a su pueblo tantas veces con los derechos mancillados. Su instinto lírico le dictó evadir en la poesía civil el retumbante tono patriotero. En cambio se asumió y ofrendó él mismo en actitud sacrificial: “*Para dar sangre a la palabra Patria*”. Y convocando las ensoñaciones del nunca marchito tiempo del amor conyugal, le cantó con ejemplar ternura a la esposa: Marta Estela Arias y Arias, una salteña que entroncaba su sangre con guerreros de la Independencia y próceres civiles como el doctor Pedro Antonio Arias Velásquez: “*A veces sueño. Vegetal aromal fue nuestro amor. Poleo y yerbabuena/ sobre lecho nupcial de pasto tierno/ en agreste rincón de nuestra tierra./ Así fue nuestro amor: tan campesino,/ que ardía con silencio de luciérnaga/ en transparentes sábanas de viento*.” Marta Estela, nacida en 1919 y fallecida en 2020, fue la madre de sus tres hijos: la profesora Marta Elsa, el médico veterinario Ernesto Francisco y el ingeniero agrónomo Julio Ranea Arias.

No obstante las identificaciones con la ya referida generación del 40 al adscribir Ranea a comunes valores éticos, patrióticos y estéticos con varios de sus integrantes, no lo menciona Luis Soler Cañas en su obra en dos tomos publicada en 1981 **La generación poética del 40**. Sí, alguna vez ante nuestra inquietud al respecto, aceptó encuadrarlo en aquel sector Luis Ricardo Furlan, estudioso sobre todo de la por él bautizada Generación del 50.

Otras antologías sí lo rescatan, así en **Panorama de las letras salteñas** de José Fernández Molina (1971) se dice de él: “*Un poeta actual por las formas y por el contenido de sus versos, es Julio Cesar Ranea, que reside desde hace algunos años en Buenos Aires y que en 1954 hace imprimir un tomo que define su rara sensibilidad: “Dibujos animados y una laguna disparatada”.* Descriptivo las más veces, Julio Cesar Ranea concentra su poesía en temas del hogar y de la infancia, que desarrolla con tierno y claro subjetivismo.” En tanto que en “**Cuatro siglos de literatura salteña**” (1981) de Walter Adet, se traza su biografía y se transcriben dos poemas suyos.

En fecha reciente el poeta y académico de letras Santiago Sylvester lo evocó tejiendo propias y entrañables memorias familiares: *“Recuerdo perfectamente a Ranea, pero lamento no tener aquí sus poemas. También conocí a su mujer, y la traté ya viuda porque era muy amiga de mi tía Anita, hermana de mi padre. De Ranea puedo decir que integró la Corte de Justicia con mi tata. (Mi tata era radical y Ranea peronista). De sus poemas, los recuerdo como de un lirismo ya para entonces un poco antiguo, pero con seguridad estaban en el “buen hacer” que a veces se extraña.”*

Esa justa vigencia de la personalidad y obra de Julio Cesar Ranea se tradujo últimamente en homenajes que se le tributaron en su ciudad extendida al pie del cerro San Bernardo. Entre ellos se dispuso que una calle lleve su nombre, el que también figura en la placa que recuerda a varios poetas y prosistas nativos de la provincia y está emplazada en el Paseo de los Poetas de Salta, en las proximidades del local Balderrama mitificado por la zamba de Manuel J. Castilla y Gustavo “Cuchi” Leguizamón. Dónde mejor que entre silencios de *“vegetal aroma”* y ecos de coplas populares arreciando con el lucero del alba, para proponer su evocación a los caminantes.

*(<sup>o</sup>) Se publicó en La Prensa, el 16 de mayo de 2021.-*



## LA GALERÍA GÜEMES, UN LUGAR SALTEÑO EN BUENOS AIRES (\*)

El diario La Prensa recordó a dos páginas, en diciembre de 2015, el centenario de la Galería Güemes que fuera inaugurada el 15 de ese mes de 1915, con la presencia del entonces presidente de la Nación doctor Victorino de la Plaza. Como bien se explica en esa nota periodística profusamente ilustrada, el emprendimiento del que constituyó el primer rascacielos de la ciudad de Buenos Aires, obra concebida en estilo Art Nouveau por el arquitecto ítaloargentino Francisco Gianotti (1881-1967) –que asimismo realizó varias construcciones en Salta, como el Chalet Usandivaras, en colaboración con el arquitecto José Barboni, en Boulevard Belgrano y Pasaje Castro–, se debió a los empresarios salteños David Ovejero y su primo Emilio San Miguel Ovejero, conjuntamente con el Banco Supervielle.

El referido David Ovejero u Ovejero González (1859–1931), fue un magnate azucarero que en sociedad con su padre: Sixto Ovejero Zerda y su tío Ángel Zerda, explotó el ingenio Ledesma, en Jujuy. Entre los años 1904 y 1906 fue gobernador de Salta, aprobándose durante su gestión la ley para la construcción del Ferrocarril al Pacífico. Luego de optar por una banca en el Senado Nacional para la que la Legislatura local lo eligió en 1905, delegó el mando en el vicegobernador Ángel Zerda, asimismo su predecesor y pariente próximo; hecho a todas luces revelador de un nepotismo que bien denunció entonces, aunque a más de uno le parezca extraño, el doctor Robustiano Patrón Costas.

En otro orden de cosas, cabe también recordar que una de las oficinas en alquiler de la Galería fue durante décadas sede del “Centro de Residente Salteños General Güemes”, institución social y cultural que en Asamblea de socios –entre los fundadores figuró el ex Senador Nacional Carlos Serrey– aprobó sus estatutos el 28 de junio de

1946 y obtuvo la personería jurídica por Decreto del Poder Ejecutivo Nacional. Nro. 15.408 de 22 de octubre de 1946, siendo registrada en la Inspección General de Justicia bajo el Nro. 2478.

Desde su creación y por espacio de veinticinco años lo presidió el abogado especializado en legislación sanitaria, ex Ministro de Educación de Salta en 1955 y rector del Colegio Nacional Bernardino Rivadavia de la Capital Federal, doctor José Manuel del Campo (1885-1972).

En los años cincuenta y sesenta de la pasada centuria, al ingresar por la calle San Martín al edificio, una de las vitrinas centrales de su planta baja exhibía un busto del Héroe Gaucho, propiedad del Centro lo mismo que la galería de retratos de personalidades salteñas, varios de ellos con dedicatorias que adornaban las paredes de la entidad situada en un piso elevado del edificio.

Algunas de esas fotografías impresionaban al niño que acompañaba a su padre al Centro: la del guerrero de la Independencia y del Brasil Gregorio Victorio Romero González con un curioso gorro francés y un crucifijo en el pecho, tal como aparece en el retrato original en base a la tradición de familia, obra de Alejandro Ache; la de Victorino de la Plaza con frac y banda presidencial; la de Indalecio Gómez con los bordados en oro en la casaca de su indumentaria de diplomático; la del gobernador interino –en 1918–, general Ricardo Solá de uniforme de gala; la de Adolfo Güemes luciendo un elegante traje cruzado; la de Ernesto Miguel Aráoz o una simpática instantánea de David Michel Torino en la dirección de El Intransigente.

Cuando por las tardes algún asociado que escapaba del bullicio de la peatonal Florida o la bancaria San Martín –aún sin tanta bicicleta financiera– llamaba a la puerta del Centro, solían franquearle la entrada con típica cordialidad provinciana, el propio Manuel del Campo o bien el historiador Miguel Solá, el político radical Ricardo Aráoz, el coronel Salvador Figueroa Michel, el algo más joven coronel Ernesto Day, Alfredo Lozano Tedín o un poco más que treintañero Carlos Durand Cornejo, en 1963 designado Delegado del Gobernador de Salta en Buenos Aires, cargo desde donde promovió

la instalación en la Capital Federal de la Casa de Salta. Y Carlos Gregorio Romero Sosa, por varios períodos secretario de la entidad.

Una iniciativa de larga data del Centro de Residentes Salteños que sin duda nació y se conversó entre los muros de la Galería Güemes, fue efectivizada en 1963; como que el 17 de marzo de aquel año se concretó el traslado de los restos mortales del Guerrero de la Independencia y del Brasil, Teniente General Eustoquio Frías, desde el cementerio de la Recoleta donde descansaban en una urna fundida a su muerte –acaecida el 16 de marzo de 1891– en los Arsenales de Guerra con bronce de cañones, para ser depositados en el Panteón de las Glorias del Norte, en la Catedral salteña. Allí se los puede venerar en la actualidad.

En un artículo publicado en *El Intransigente* en 2013, Luis Borelli historió las circunstancias de ese traslado apuntando que acompañaron los restos de Eustoquio Frías desde Buenos Aires, los nombrados José Manuel del Campo y Carlos Gregorio Romero Sosa en representación del Centro Salteño, así como el descendiente del prócer Claudio Rómulo Chávez, los comandantes de gendarmería Joaquín Urruti y José María Farizzano, el general Julio Sueldo y una escolta de dos granaderos.

<sup>(\*)</sup> *Se publicó en Salta Libre, el 21 de enero de 2016.-*



## **LLAMAN A LA PUERTA, DE SANTIAGO SYLVESTER, O LA POESÍA EN ACCIÓN E INTERACCIÓN (\*)**

El más reciente libro de poesía de Santiago Sylvester: **Llaman a la puerta**, muestra desde el título un ánimo para ejercitar el enriquecedor Yo-Tú. En ese sentido es de anotar que en una continuidad no iterativa, bautizó *La conversación* a su anterior entrega poética, publicada en España en 2017; antología o suerte de *summa* de su producción hasta esa fecha.

Claro está que el autor parece marcar reglas al dar el primer paso tendiente a entablar esa plática donde la realidad con sus manifestaciones más actuales, concretas y hasta prosaicas como el facebook, resulta una materia prima a ser moldeada mediante la interrogación poética por su fondo y su alcance; es decir por su verdad en el sentido de ejercicio develador de esencias. Por lo mismo los versos libres que componen **Llaman a la puerta**, sugieren en su génesis los mismos asombros que impulsaron hace más de veinticinco siglos el quehacer filosófico a orillas del Jónico y el Egeo, no en vano la mención a Platón en la primera página y a Heráclito en la 24.

En cuanto a aquellas antedichas reglas, por de pronto una impone el rechazo al demagógico y promiscuo tuteo con los lectores. En consecuencia no representa un detalle menor el reiterado empleo de la tercera persona del singular o del trato de usted en varios pasajes. “*Las palabras primordiales no significan cosas, sino que indican relaciones*”, explicó Buber. Y esas relaciones se intentan aquí, nunca poniendo distancia, pero sí es de suponerlo, con la conciencia de que al proponer desde el papel puntos de vista personales y rigurosos con la clarividencia que “*no hay seguro a todo riesgo*”, es requisito antes que la mera y superficial complicidad, una respetuosa atención —y una contagiosa tensión— entre el emisor y el receptor del mensaje,

cuyo campo de acción no puede ser por cierto el uso del tuteo: *“No olvide que estamos rodeados de precedentes,/ ese hombre que cruza la calle está tapado de precedentes,/ el saludo que le envió ahora/ es casi sólo precedentes.”*

La actitud y aptitud para el diálogo de Sylvester –miembro de número de la Academia Argentina de Letras, designado en 2015– es propia de quien con instinto, conciencia, responsabilidad, vocación e inspiración, se afirma en un aquí y ahora donde la zozobra no lo desvincula sino más bien lo religa con el mundo de la vida y su mapa tentativo y tentador de posibilidades y hasta por qué no riesgoso de imposibilidades, que en el ciclo de las concausas alcanzarán su marca de peripecia: *“vivimos en zigzag”*, dice ni pesimista ni optimista y más bien catador fino del gusto del Sí y el No, frente a los que *“ningún sobresalto está fuera de servicio”*.

Los parlamentos de Sylvester no lo son en consecuencia con la musa inspiradora, según la tradición forjada por antecesores suyos en el oficio lírico, sino que se disparan con mensajes plenos de imaginación y sabiduría (de vida precisamente), presentados con sobria belleza y dirigidos a sus semejantes de carne y hueso. Será por eso que no dice el título de este poemario “tocan” a la puerta, sino “llaman” a ella. Y es que entre el ejercicio de los nudillos y el reclamo de la voz humana se abre un mundo a captar, a recrear y a reordenar por el arte. Ello no implica obviar el riesgo que tras los reiterados golpes a una puerta cerrada no haya nadie del otro lado, como en la obra teatral **La cantante calva** de Ionesco.

Las dos partes del libro, si bien identificadas en cuanto a la formalidad versolibrista, el lenguaje preciso y a la vez instigador de aperturas de significación, las enumeraciones y las definiciones propuestas en función de hitos orientadores: *“La proporción consiste en que las cosas no sucedan todas juntas”* o bien: *“un precursor es el que ha llegado antes de tiempo,/ un plagiarlo el que ha llegado tarde”*, representan dos enfoques a complementarse en unidad de temores y temblores. Así la primera parte, en algún punto fiel al precepto del neoyorquino

Louis Zukofsky: “*Nada de metáforas*”, aparece más objetivista. En tanto la segunda: **Fotos familiares**, deja traslucir ex profeso cierta subjetividad que despunta en el cielo de lo entrañable y apunta a no perderlo de vista, aun a riesgo de pesares cuando “*los brazos están rotos por haber abrazado las nubes*”, según escribió Baudelaire.

Una subjetividad recatada y no disimulada recorre por ejemplo la composición **El cigarro de mi padre**, donde se filtra la cuota de añoranza que impulsa al poeta a imaginar –y vincular– en los signos del humo lejano del tabaco, las vocales y las consonantes de un diálogo imposible ya: “*Su cigarro era una conversación con épocas distintas: el que había sido,/ el que pudo ser y el que ya no sería;/ recogía miradas que ya no estaban en ningún lugar/ y medía un tiempo descartado, otro recuperado:/ tan lejos de nosotros que ya no había cómo acompañarlo*”.

La lectura disparadora de inquietudes de **Llaman a la puerta**, tentativamente encauzada por los títulos en letra pequeña y entre paréntesis dispuestos sobre cada poema, reafirma el juicio vertido tiempo atrás en El País de Madrid por Alberto Manguel: “*La obra de Santiago Sylvester es una de las más admirables de la poesía contemporánea en castellano. En esta época de angustia e incertidumbre (como todas) Sylvester es el profeta de la fe en lo temporal y lo constante*”.

\*\*\*

Santiago Sylvester nació en Salta en 1942. Se recibió de abogado en la Universidad de Buenos Aires, trabajó en su juventud como redactor en La Prensa donde afianzó amistad con Oscar Hermes Villordo, Antonio Requeni y el jujeño universal Jorge Calvetti. Desde mediados de los años setenta del siglo pasado vivió en Madrid en un “*transterramiento*” –por utilizar el término que acuñó el filósofo José Gaos– que se prolongó por veinte años. Recibió allí premios, como en 1993 el Gil de Biedma conferido a su libro **Café Bretaña**, por un jurado presidido por Rafael Alberti e integrado por Mario Benedetti, José Manuel Caballero Bonald, Félix Grande y Francisco Pino. Alternó las letras con el asesoramiento profesional en materia de Derecho Laboral a la UGT (Unión General de Trabajadores), la

organización sindical obrera española de tendencia socialista y socialdemócrata. De regreso al país publicó además de poesía, libros de ensayos, de cuentos y reunió antologías de poetas del Noroeste Argentino.

Sylvester es un integrante significativo de la generación literaria que siguió a la del sesenta, aquella que más experimental que sentimental dejó atrás el neorromanticismo que caracterizó a su antecesor del cuarenta —y algo a la del cincuenta que historió Luis Ricardo Furlan— entre batientes tambores de guerra revolucionaria en los casos de Gelman, Urondo o del algo menor en edad Alberto Szpunberg, cuando no afinó el verbo en la voz metafísica y de arcangélicos tanteos del salteño Jacobo Regen.

Casado con la escritora, crítica e investigadora literaria Leonor Fleming, manifiesta a quien quiera escucharlo que se siente próximo en la cosmovisión estética y cómplice en experiencias de vida —en algunos casos el exilio—, con sus pares generacionales Horacio Salas, Luis Felipe Oteriño, Fernando Sánchez Sorondo y sus comprovincianos Leopoldo Castilla y Teresa Leonardi, fallecida ésta en marzo de 2019.

Empero, salteño de pura cepa al fin y ajeno en su ánimo todo parricidio intelectual, sigue abrevando en la fuente inagotable de los creadores de su terruño. Así en Joaquín Castellanos, el autor en 1887 de **El Borracho** que en 1923 reeditó como **El Temulento**, un término que criticó Lugones por considerarlo “voz erudita, latín puro”. De Castellanos que con Leandro Alem participó y fue herido en los sucesos del Parque en 1890 y se desempeñó como legislador provincial y nacional, ministro en la provincia de Buenos Aires durante la gestión de Bernardo de Irigoyen y gobernador de Salta entre 1919 y 1921, destacó Sylvester en un artículo de 2005, la condición de “*poeta militante, no sólo como ideólogo, sino como actor de la vida política*”. Y como no podía ser de otra manera también ha sabido nutrirse en la obra de Juan Carlos Dávalos que conoce a fondo. Del cuentista de **El viento blanco** reunió una antología precedida por un estudio introductorio que se publicó en 2020.



Así, desde Joaquín Castellanos y Juan Carlos Dávalos, hitos orientadores e ineludibles de las letras salteñas, recalca en otro de sus autores predilectos: su amigo y en mucho su maestro: Raúl Aráoz Anzoátegui. Del poeta de **Tierras altas** y **Rodeados vamos de rocío**, Santiago Sylvester celebró en La Prensa el 4 de agosto de 1985 tanto su voz poética cuanto su acogedora casa de Limache con su invernadero encendido, frente al que bien podría repetir aquello de “Aquí también hay dioses” el filósofo de Éfeso. Y es de representarse que todo sacralizado fuego, en crepitante acción no devoradora sino integradora, requiere de la interacción de quienes reunidos en amistad a su alrededor, leña a leña y verso a verso lo alimenten. En esa tarea anda.

*(\*) Se publicó en La Prensa, el 8 de marzo de 2020.-*



## LA POETA SILVIA OVEJERO Y SUS ANCESTROS SALTEÑOS

Al pasar por cierto edificio situado al 1200 de la calle Juncal a la altura del 1221, inevitablemente pienso en su moradora, Silvia Ovejero; y de la toma de posesión definitiva que hizo de su morada en un soneto: “*Yo estoy aquí y aquí me moriré*”. Allí precisamente, a pasos de la señorial confluencia de Cinco Esquinas, un encuentro de calles y direcciones donde es posible recuperarse de los apuros del Centro si uno se enfrasca en la lectura del poema de Borges: **Barrio Norte**, escrito en una placa colocada al comienzo de la Avenida Quintana, la poeta, abogada y diplomática solía recordar con unción a sus antepasados. Memoraba a su padre, el jurista y magistrado David Víctor Ovejero; a su madre, la actriz cinematográfica natural de la provincia de Córdoba, Tulia Ciampoli; a su abuelo paterno, David Ovejero Zerda, gobernador constitucional de Salta entre 1904 y 1906, año en que renunció para ocupar una banca en el Senado de la Nación y quien además fue un próspero empresario que hizo edificar en sociedad con Alberto San Miguel la Galería Güemes inaugurada en 1915, una construcción de estilo ecléctico modernista que con sus 87 metros fue por años el edificio más alto de Buenos Aires.

### TIEMPO DE AFECTOS

Silvia solía evocar, asimismo, a su bisabuelo Sixto Ovejero, también gobernador de Salta desde 1867 a 1869. Y, acercando en su verbo el tiempo de los afectos, hablaba de su bien leído pariente jujeño Daniel Ovejero Villafaña, jurista, profesor universitario de Derecho Civil y cuentista, autor entre otras obras de **El terruño** y hermano político de Juan Carlos Dávalos por el matrimonio de Ovejero con Margarita Dávalos Patrón Costas contraído en 1920.

Aunque porteña por nacimiento eran reconocibles en su personalidad y en sus modales la hidalguía provinciana heredada. Evidenciaba esa tradición en el trato amable y delicado, en una cultura decantada no solo libresca y en el innato refinamiento y el talento para crear el clima mágico de las tertulias y encender y sostener la llama amena del diálogo porque Silvia nunca monologaba distante.

Se la escuchaba con creciente interés y su palabra ingeniosa y amena era digna de ganar ecos, más que entre las paredes de ladrillos huecos de una propiedad horizontal, en aquellas señoriales galerías con arcadas de adobe que parecen copiar el lomo de las serranías salteñas.

Esta mujer con un extenso desempeño en embajadas y consulados del Viejo y el Nuevo Mundo, como que cumplió funciones plenipotenciarias en Austria, Uruguay, Chile, Puerto Rico, Colombia y Rumania, era una localista universal, valga el oxímoron. Vivió bajo el sino de añorar terruños y anduvo por los caminos del mundo, dispuesta a hacer cabecera de playa aprovechando cualquier distracción de la distancia.

No por nada tituló **Itaca** a su primer poemario de 1974, nombre que suena a imagen y casi alegoría de un regreso a todo lo posible y sin duda a lo más sentido e íntimo de su biografía: así a su ciudad natal cantada hasta el final; a la niñez, esa única patria del hombre como expresó Rilke; a las ilusiones primeras y a los afectos definitivos. Claro está que debido a la característica de su profesión de diplomática fue el suyo un regreso lento a la patria, *“pleno de aventuras, pleno de conocimientos”*, tal como lo aconsejó Konstantino Kavafis en su poema escrito en 1911 que no casualmente también se llama “Itaca” y que nuestra escritora admiraba y recitaba con voz sonora como la lengua griega.

En el segundo libro: **Bajo este sol**, publicado en 1988, Silvia Ovejero suplantó en algo la nostalgia y la ansiedad del retorno por el asombro y el desafío juvenil de descubrir la novedad cotidiana de los dones que se le ofrecían a manos llenas, aquí y allá iluminando su existencia: su hijo David Lafuente Ovejero, en primer término.

Pero es en **Último tren a Galilea** de 1995, donde su lirismo alcanzó quizá la plena madurez expresiva y donde las formas métricas más diversas, como el soneto cuya técnica dominaba o el sugerente haiku de diecisiete sílabas, se le rindieron con docilidad. En la serie de sus haikus, el exotismo y nunca el esnobismo, dio paso a la vivencia empática de otros paisajes principalmente espirituales, religiosos y hasta ascéticos en tránsito por momentos al misticismo.

En **Último tren a Galilea** ya no hay lejanías sino implosiones y mejor integraciones. También interrogaciones por el significado de acercarse a algo o alguien, o de alejarse con el riesgo cierto de perderse al cabo. No pesan soledades, resuenan encuentros en el interior del alma que es donde habita la verdad, como enseña San Agustín. Dirá entonces: “*Sólo vivo si en mí Tu te reflejas/ y tu Amor y tu Paz conmigo dejas*”. Tampoco hay horror de laberintos y sí una búsqueda esperanzada de la Buena Noticia del Evangelio: “*Me mostrarás la senda de la vida*”.

Y hay mucho Amen, porque el volumen o gran parte de él corresponde a una oración cristiana que sin proselitismo cristianiza misionera. La dulzura de cuño franciscano despeja e ilumina la senda que el humano “temor y temblor” siente oscura y adversa en cada tropiezo. Silvia reza cantando y ese canto está inspirado por la luz de la Gracia: “*Mantenme firme en la palabra: VIDA/ y en el refugio del amor constante.*”

¿Por qué entonces llamó a su libro **Último tren a Galilea**? Nunca se lo pregunté, aunque puedo afirmar que no habrá sido por despedirse de la Tierra Santa en actitud de turista ávida de tocar e irse, dándole al término “tren” quienes así actúan, la tercera acepción que marca el **Diccionario de la Real Academia Española**: “*ostentación o pompa en lo perteneciente a la persona o cosa*”. Pero no era ese tren el de su viaje espiritual y estético; y en cambio, por madurada decisión de vida con experiencias de confortados y no siempre confortables peregrinajes interiores, lo era el ferrocarril con un solo vagón expreso hacia lo esencial y sin retorno a ninguna pompa del mundo enemigo del alma.

## DATOS GENEALÓGICOS

La conocí en el Palacio San Martín una tarde de enero de 1997, en un ámbito muy poco burocrático y al que identifiqué más propicio para la literatura que para las memorias diplomáticas y los chismes superficiales del mundo de las embajadas que describió Roger Peyrefitte: en el Consejo de Embajadores de la Cancillería, organismo que después me enteré era algo así como un cementerio de elefantes durante el menemismo y un depósito de funcionarios “in partibus infidelium” por ser poco funcionales al poder político corrupto y pretendiente desairado a los vínculos carnales con los Estados Unidos.

Salvaban los papeles formales y creaban aquel ambiente simpático y particular en una oficina pública, el presidente del Consejo: Embajador doctor Francisco José Figuerola, un escritor cervantino y hombre de actitudes quijotescas al par que gran orador y autor de varios libros de poemas marcados por un catolicismo de cuño hispánico: **El Cristo de Dalí** y **La locura de la Cruz**, entre ellos. O el Embajador Tomás Alva Negri, poeta, narrador, crítico de arte, erudito lugoniano, bibliófilo consumado y amigo inolvidable que nos dejó en 1999. Y por cierto también daba lustre al Consejo la propia Silvia, quien luego de presentada aquel día por Negri, comenzó a recordar conmigo escritores salteños y a dispararme datos genealógicos sobre su familia y la mía entre las que hallaba entronques, creo que por la rama de los González de Saravia. Por de pronto mencionó entonces a las matronas salteñas del siglo XIX Manuela González de Todd y Florencia González de Ovejero, ambas vinculadas por lazos de sangre y de especial afecto a mis antepasados Gregorio Romero González y Cesárea de la Corte de Romero.

Desde entonces continuamos el diálogo, ahora reparo que moroso. Como siempre ocurre con los seres que queremos y valoramos, no contaba con su muerte ocurrida el 20 de noviembre de 2009. Apostaba dado su carácter y los planes de futuro que tenía en mente, que continuaría ganándole a la enfermedad que la aquejaba desde ocho años atrás a la fecha de su deceso. Supe que tenía listo para ir a

la imprenta otro libro de poemas, un proyecto capaz de animarla y sostenerla entre agresivas quimioterapias.

Siempre había por delante entre nosotros una visita pendiente y al menos cuando mi trabajo “pane lucrando” la impedía, nos imponíamos la puntual llamada telefónica para ponernos al tanto sobre el mundillo cultural y sus olímpicos protagonistas locales. No todo puede ser profundidad, seriedad y tensión ante el absoluto; sospecho que Silvia, al distraerse con noticias sociales y cuestiones carentes de intensidad dramática, trataba de aventar temores sobre su salud y quería alejar de sí el gusto amargo de las injusticias, arbitrariedades y postergaciones sufridas en las postrimerías de su carrera diplomática. Nada menos que configuradas “violencias laborales y de género”, según se las caracterizó mi mujer, María Cristina Giuntoli, abogada vanguardista en el estudio y la difusión del tema cuando estaba en pañales en la Argentina.

Sé cuánto vale la pena hoy pasar revista a cada uno de los recuerdos compartidos con Silvia Ovejero. Sé que me cabe inventariar hasta las más pequeñas anécdotas suyas; para conmemorarla, que significa memorarla en grande y en el plural de los amigos comunes; porque *“el olvido es la forma más pobre del misterio”*, tal como lo aprendí hace mucho en el poema de Borges, **Barrio Norte**. Aquella composición que releímos con María Cristina transcrita en una placa colocada al comienzo de la Avenida Quintana, justamente la última vez que fuimos a tomar el té a su casa.





## LIRISMO Y VOCES QUECHUAS EN LA OBRA DE DOMINGO ZERPA (\*)

Cierta día de mediados de marzo de 1932, un joven poeta jujeño nacido en 1909 en Runtuyoc –localidad cercana a Abra Pampa– llegó hasta la redacción del diario católico El Pueblo<sup>1</sup>, situada en la calle Piedras 567 del porteño barrio Sur. Era Domingo Zerpa que traía su primer libro bajo el brazo. Con su sencillez provinciana, su tonada norteña y su aire nostálgico propio de quien busca “*al fondo de la calle un cerro*” –según el verso de aquella zamba de Jaime Dávalos y Eduardo Falú–, cayó por demás simpático y despertó elogiosos comentarios entre los redactores del periódico presentes esa jornada.

Por las cosas de la vida, mi abuela materna: Flora García Black de Gómez Langenheim<sup>2</sup>, una escritora que estaba a cargo de la sección de noticias sociales y firmaba sus libros y colaboraciones tanto allí como en La Nación, La Prensa, Plus Ultra, Para Ti y otros medios gráficos con el seudónimo de “Carmen Arolf”, fue la persona que lo presentó al director del matutino, don José Sanguinetti. En virtud a su disposición para con el visitante, éste, en extremo agradecido le obsequió autografiado el poemario **Puya-Puyas** aparecido ese mismo año; una colección de coplas y romances de tono popular y fuerza poética digna de parangonar las composiciones con las mejores expresiones en la materia. Y valga resaltar la antedicha calificación, ya que la expresión “proyección folklórica” propuesta por el musicólogo Carlos Vega, corresponde “*al conocimiento de un hecho folklórico aprovechado por personas de cultura urbana para inspirarse en él y producir en su ambiente ciudadano obras y actos que reflejan la influencia*

1 Fundado por el sacerdote redentorista Federico Grote en 1900, dejó de aparecer a mediados de los años cincuenta del siglo XX.-

2 Nació en Chascomús 1884 y falleció en la ciudad de Buenos Aires en 1976.-

de su inmediata fuente original”, como lo explicó Olga Fernández Latour de Botas en su libro **Folklore y poesía argentina**<sup>3</sup>.

De ahondar en su biografía y en su bibliografía resulta evidente que Domingo Zerpa, aunque haya sido desde su juventud un lector insomne y un verdadero erudito en textos clásicos y modernos, algo que se refleja en su lírica y en la fineza y firmeza de su prosa, no era por nacimiento y mucho menos por elección de vida un prototipo de la cultura urbana. Por anteponer su tradición sin disimulos ni complejos, supo reunir con magia verbal origen y destino: “*Yo aspiro a ser muy poco, casi nada; / ;Casi nada, Señor! / Vivir en una choza abandonada; / En el hondo de una triste quebrada, / Como vive el pastor.*”.

Marcado a fuego por la nativa raíz campesina, se identificó con sus hermanos los habitantes de la Puna y supo hallar y revelar en los hombres y los paisajes de la zona, la nota universal y el latido cósmico, dentro de un bien identificable regionalismo. Todo un desafío que llevó a cabo con arte sutil y exquisito, esquivando con instinto creador el riesgo de caer en el superficial y turístico “color local”.

Incluso años más tarde, el deseo de encontrar en una aldea serrana la metafísica paz, nunca el apoltronamiento burgués, lo expresó en el poema **Anhelo** que como otros suyos fue musicalizado por Carlos Guastavino: “*Quisiera hacer de mi vida / un farolcito de aldea. / De día no alumbrar nada, / de noche ser una estrella.*” Aspiración al “beatus ille”, por cierto manifestada sin deponer la cuota de rebeldía social en una dimensión de su poética que se agudizará en sucesivas entregas, afín con el compromiso creciente de alguien que había palpado la pobreza y la explotación de sus hermanos<sup>4</sup>. Así en **Erques y cajas**, por ejemplo, figura el **Romance de los indios sublevados** referido a un luctuoso hecho represivo ocurrido en 1874 en la Puna bajo el gobierno provincial de José María Álvarez Prado, suceso al que se refiere Juan Alfonso Carrizo en el **Cancionero Popular de**

---

3 Editorial Guadalupe, Buenos Aires, 1969.-

4 Su libro **Puya-Puyas** está dedicado al senador y ex gobernador de Jujuy entre 1924-1927 Benjamín Villafañe (1877-1952), autor entre otros poco recordados libros de denuncia de **La miseria de un país rico**, **La región de los parias**, **La tragedia argentina** y **El destino de Sud América**.-

**Jujuy.** También recoge esa obra de Zerpa el **Romance de Rafael Tauler**, por un lugareño asesinado por la policía brava al servicio de los latifundistas, algo que hace recordar por la temática al **Romance de la guardia civil** de Federico García Lorca incluido en el **Romancero gitano** del granadino.

Empero, entre tomas de conciencia social y vértigos de infinito, ya en **Puya-Puyas** –título que hace referencia a las flores verde amarillentas de una planta bromélica de gran tamaño nativa de los Andes– comenzó su camino de iniciación hacia los insondables misterios de la existencia y de algún modo fue renovando con su propia voz la inquisición por el puesto del hombre en el cosmos, por decirlo en términos de Max Scheller y del “¿hacia dónde?” de Heidegger: “*¿Qué será tatital/ qué será mamay! La noche es oscura/ mudita velay*”.

Zerpa transitó esa senda de inquietudes e interrogantes guiado por la luz de la intuición de aquel a quien las cosas le saben como son y no como se dice de ellas, de acuerdo con la sentencia de Tomás de Kempis. Alivianado de pareceres y sofismas, vivió con la sabiduría del incontaminado hombre de pueblo que era, condición de la que jamás renegó y en virtud de la cual supo sostener en alto, como honrosa divisa enlutada por tanto padecer de siglos, la visión dolorida y esperanzada a la vez de “*La Puna tristona,/ la Puna con ganas;/ de hacer de sus hijos/ la voz de la Patria*”.

Domingo Zerpa, hizo aquel año de 1932, su aparición humana, humanitaria y en tono menor aunque nada fantasmal por cierto en nuestra literatura, con el anhelo de convertir a sus hermanos de etnia en “*la voz de la Patria*”, un afán por fatalismo geográfico difícil de imaginar frente a la barrera de los cerros coloreados. Pero más debido al centralismo porteño y su mandarinato cultural.

Avanzó posicionándose sin pretenderlo como un referente mayor de nuestra poesía, con el sostén de un lenguaje sin desmesura capaz de alcanzar y allegarse a las cosas hasta la propia esencia como una forma de elevarlas al alma que es altar de las más íntimas devociones. Al escribir de ese modo enriqueció el castellano con voces nativas instigadoras de retumbos ancestrales como los que empleó con la

naturalidad de quien respira música y sentido. Un gesto vital del creador que fue, nunca una concesión al medio ni un recurso retórico; y sí algo que implicó además el ejemplo práctico de la mejor integración latinoamericana, verificada en el intimista envío amoroso sin duda correspondido: “*Yaveñita chura, / churquitay de mi alma; / mitad argentina, / mitad boliviana. / Argentino el pecho, / boliviano el habla; / y en la frente el besol / purito e’ la raza*”.

Será de recordar que poco antes, en 1928, el tucumano afincado en Catamarca Rafael Jijena Sánchez (1904-1979) también titularía un poemario con el término quechua **Achalay**<sup>5</sup>, palabra que como “puya-puyas” resulta de uso corriente en el Noroeste Argentino, al punto de ser ambas registradas por el filólogo José Vicente Solá en el **Diccionario de regionalismos de Salta**.

Zerpa, didáctico en tanto profesor recibido en el Instituto del Profesorado Valentín Gómez de Buenos Aires, donde fue alumno de Pedro Henríquez Ureña y Rafael Alberto Arrieta, con buen criterio incorporó un glosario al final de ese su primer libro y otro tanto hizo en **Erques y cajas**, obra que apareció en 1942 prologada por Julio Cortázar, oculto bajo el seudónimo Julio Denis con el que el firmó su primer libro de versos, **Presencia**, en 1938. Cortázar era su amigo y colega de docencia en la Escuela Nacional Mixta de Chivilcoy<sup>6</sup> donde el jujeño desempeñaba las cátedras de historia y letras y tuvo oportunidad de confraternizar asimismo con otro profesor afecto a la literatura: el novelista tucumano de larga actuación en Salta, José María Gallo Mendoza (1898-1968).

Respecto de la riqueza idiomática y la experiencia de apelar con naturalidad a voces quechuas mamadas desde la primera infancia, en el citado prólogo, el después autor de **Rayuela** siempre atento a la

---

5 **Achalay** obtuvo en 1929 el primer premio de la Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires.-

6 Domingo Zerpa compuso la letra del **Himno a la Escuela Nacional Mixta de Chivilcoy** que lleva música de Pascual Grisolí. La partitura fue impresa por Ricordi en 1961 y se halla en la Biblioteca Nacional donde la consultamos. Otros compositores como la afamada directora de orquesta Celia Torr, musicalizaron poemas suyos. En el caso de Torr la “**Oracin a la bandera**”, para canto y piano.-

expresividad que elogiaría en el cordobés Juan Filloy y tanto en **Adán Buenosayres** de Marechal –novela muy criticada por otros colegas al tiempo de su aparición y sobre la que expresó Cortazar: “*Estamos haciendo un idioma, mal que les pese a los necrófagos y a los profesores normales en letras que creen en su título. Es un idioma turbio y caliente, torpe y sutil, pero de creciente propiedad para nuestra expresión necesaria*”<sup>7</sup>–, escribió sobre el libro de Zerpa: “*Las rutas de la cultura no pasan por la Puna, y Domingo Zerpa hubiera cometido traición vital y estética si, queriendo destilar en sus poemas la raíz misma del corazón indio, los hubiera levantado sobre premisas de rigor idiomático.*”

Ciertamente no hay un académico “rigor idiomático” en sus coplas marcadas con la ternura de los diminutivos, en las estrofas de arte menor de cerril simpleza: “*Versos chiquititos/ como un alfiler,/ no los dejes solos/ se pueden perder*”, en los romances de cuño lorquiano ni en otros poemas de gran aliento como el laureado **Juira Juira!**, tan admirado por su comprovinciano y amigo Jorge Calvetti<sup>8</sup>. No lo hay, si por “rigor idiomático” se entiende el hecho de escribir respetando a rajatabla el vocabulario del diccionario de autoridades. Zerpa iba más allá de aquel dogma y sus preocupaciones lingüísticas se tradujeron en el ensayo: **El habla rural de la Puna Jujeña**. Sin teorizar ni polemizar, tuvo en claro el riesgo de caer en una limitación expresiva, de auto limitar el ímpetu en aras de reverenciar el léxico ortodoxo, ese “buen decir” de los ilustrados que a menudo no suele alcanzar para la manifestación del sentimiento; el inflexible: “*rebeldé, mezquino idioma*” del que se lamentó Gustavo Adolfo Bécquer en una de sus rimas.

Porque la literatura en general y la poesía en particular<sup>9</sup> utilizan el lenguaje como instrumento, pero el desafío del verdadero artista es

7 **Un Adán en Buenos Aires**, comentario publicado por Julio Cortázar en la revista Realidad de marzo-abril de 1949.-

8 En más de una ocasión Calvetti nos manifestó su admiración por Zerpa, comentando asimismo la que le constaba sentían por él otros creadores jujeños como Mario Busignani o el cordobés aquerenciado en San Salvador de Jujuy Néstor Groppa.-

9 A las narraciones de su libro: **El fabricante de humo: cuentos de la Puna Jujeña** (Ed. Milor) publicado póstumamente en 2009, también las enriquecen

hacerlo trascender en sentido, vuelo, eco y silencio primordial. Así entonces, ayer y siempre, un mensaje lírico como el de Domingo Zerpa –que murió el 20 de mayo de 1999<sup>10</sup>–, se vale, se enriquece, se perfecciona y sobre todo se hace audible a los semejantes, mediante la aventura y por qué no la ventura de poder renombrar adánicamente el mundo de la vida.

*(\*) El presente trabajo es ampliación de la ponencia originalmente enviada al IV Encuentro Nacional de Folklore, Primer Congreso Internacional del Patrimonio Cultural Intangible, Inmaterial y Folklórico, que se celebró en la ciudad de Salta entre los días 21 y 23 de agosto de 2013, bajo la presidencia de don José de Guardia de Ponté. En la oportunidad la ponencia fue leída por el también participante al evento, el latinista y escritor amigo Raúl Lavalle.*

---

voces propias de la región.-

10 El día anterior celebró el cumpleaños de su esposa, la escritora Dora Blanca Tregini, quien le había inspirado varios y bellos poemas como los siguientes endecasílabos: *¿Qué es lo que puede haber entre nosotros/ que no lo sepa el pájaro y el árbol?/ ¿Sabrán que Dios es bueno y que en tus ojos,/ puso una luz para alumbrar mi ocaso?* Confr.: **“El recuerdo de Domingo Zerpa y Dora Blanca Tregini”**, en el Tribuno del 28 de mayo de 2015.-

## ÍNDICE

PRÓLOGO .....	9
EXPLICACIÓN .....	11
A DOSCIENTOS AÑOS DE LA BATALLA DE SALTA.....	13
EL CORONEL FEDERICO A. GENTILUOMO, HISTORIADOR GÜEMESIANO .	19
EL MILITAR SANMARTINIANO FEDERICO A. GENTILUOMO .....	24
BELGRANO, DÍAZ VÉLEZ, GORRITI Y UNA RELIQUIA HISTÓRICA .....	27
UN VESTIGIO MATERIAL DE LA AMISTAD ENTRE DÍAZ VELEZ Y GORRITI .....	29
SARMIENTO, LA EPIDEMIA DEL CÓLERA DE 1886-87 Y UN DOCUMENTO INÉDITO .....	31
JUANA MANUELA GORRITI, CLÁSICA Y ACTUAL .....	35
VIDA NOVELESCA DE LA NOVELISTA.....	37
FRANCISCO CENTENO, COSTUMBRISMO E HISTORIA .....	41
UN SEMANARIO MANUSCRITO Y EN BROMA EN LA SALTA DE 1899 .....	47
UN ALUMNO DE GOUNOT EN LA SALTA DE FINES DEL SIGLO XIX.....	53
JUAN CARLOS DÁVALOS: ESTIRPE Y TRAGEDIA.....	57
JOAQUÍN CASTELLANOS - Poesía y política .....	61
ASPECTOS DE SU POLÉMICA CON ORTEGA Y GASSET.....	63
EL ESCRITOR.....	68
GOBIERNO CIVIL E IGLESIA: LA CUESTIÓN DEL PATRONATO EN LA SALTA DE 1919 .....	71
UN POEMA DE MONSEÑOR CAMPERO Y ARÁOZ AL SEÑOR DEL MILAGRO ...	75
UNA DOLIENTE DESPEDIDA DEL SEÑOR DEL MILAGRO.....	78
JULIO CÉSAR RANEA Y SU POESÍA DE AFIRMACIÓN Y ELEVACIÓN.....	83
HUMANISMO CRISTIANO .....	85
LA GALERÍA GÜEMES, UN LUGAR ALTEÑO EN BUENOS AIRES .....	89
LLAMAN A LA PUERTA, DE SANTIAGO SYLVESTER, O LA POESÍA EN ACCIÓN E INTERACCIÓN .....	93
LA POETA SILVIA OVEJERO Y SUS ANCESTROS SALTEÑOS.....	99
TIEMPO DE AFECTOS.....	99
DATOS GENEALÓGICOS .....	102
LIRISMO Y VOCES QUECHUAS EN LA OBRA DE DOMINGO ZERPA.....	105





## **LAUS DEO**

*Quince temas salteños y un poeta jujeño*, de Carlos María Romero Sosa, se terminó de imprimir en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, el 16 de marzo de 2022, festividad de San José Gabriel Brochero, en Prosa-Amerian S.R.L. (011-815 6031/0448).  
Email: [info@ameriangraf.com.ar](mailto:info@ameriangraf.com.ar). WEB: [www.ameriangraf.com.ar](http://www.ameriangraf.com.ar)



“Línea de flotación” (1995)

“Alijo” (1996)

“Lista de esperas” (1998)

“Licencias ordinarias” (2002)

“Pueyrredón y Las Heras y adyacencias en tono menor” (2005)

“Otrosí digo” (2008)

“Fanales opacados” (2010)

“Destiempo de tranvías” (2012)

“Esquina sin vuelta” (2014)

“De trompos y plomadas” (2017)

“Un cielo a ras de mis declives” (2019)

“El palacio de invierno” (2020)

“Diario de cuarentena” (2021).

(...) El propio título del trabajo fija su alcance. Y conlleva una salteñidad que, por supuesto, no me es ajena. Y “la yapa” de un escritor jujeño, que viene solo pero bien montado. Hitos históricos, amistades entre próceres, los consabidos Señor del Milagro (con su Himno) y general Güemes (con su galería porteña), religiosos y músicos, políticos y escritores de dos centurias, surgen en esta muestra, donde mucho de lo informado y lo publicado en su momento, se hallan, a la fecha, bajo custodia en casa de los Romero Sosa.

Su expreso acotamiento a quince temas, paradójicamente, no resalta omisiones. Más bien sugiere que no sobra nada... Y hay en el autor un rigor contra sí mismo que lo lleva a imponerse desmerecimientos: “lejos de pretenderme historiador”, “un investigador lo hubiera hecho mejor”. Estas afirmaciones no son otra cosa que desprendimientos de su humildad, que puedo asegurar lleva puesta. Por fortuna, siempre hay un tercero -aquí este servidor- en condiciones de asegurar que los textos presentados no merecen, en modo alguno, semejantes prevenciones.

**Francisco Luis Lanusse**



  
**PROSA**  
AMERICAN EDITORES